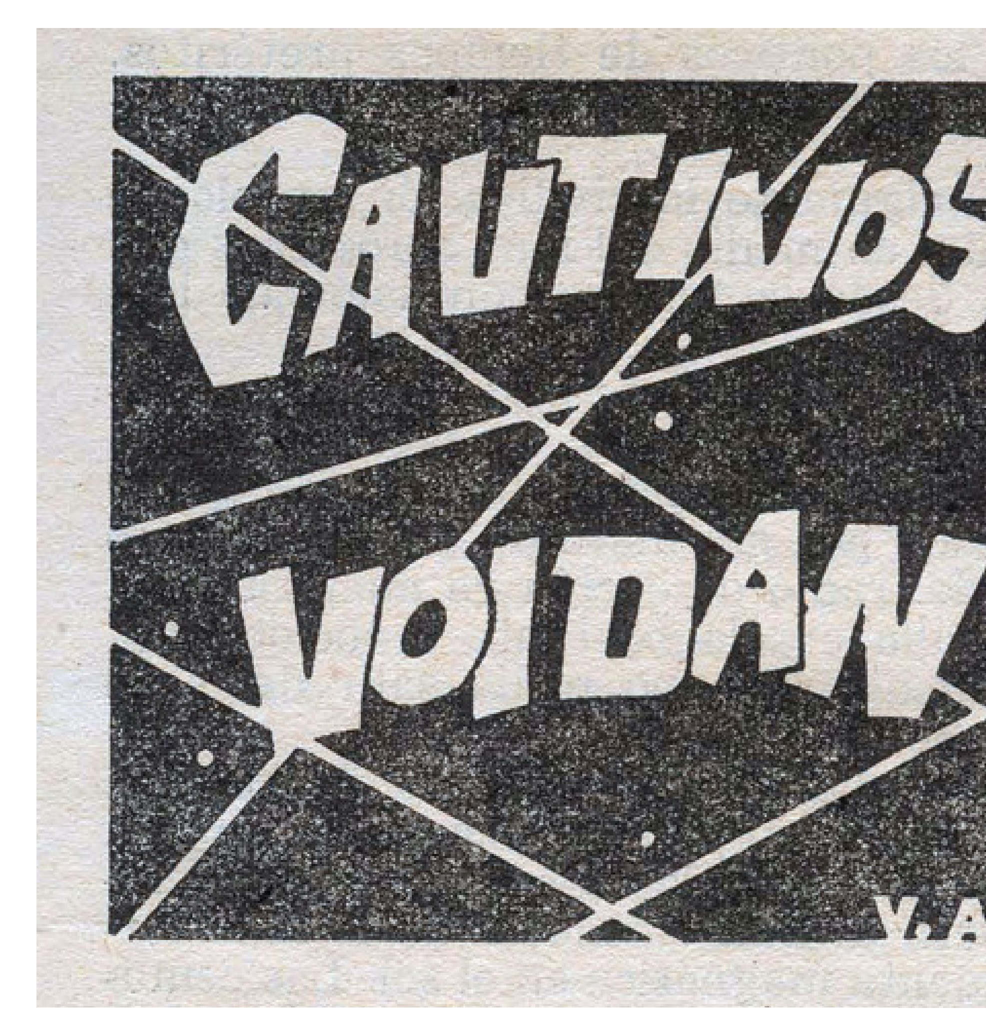

CAUTIVOS de
VOIDAN
V.A.CARTER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Ibañez

**V. A. CARTER**

# CAUTIVOS DE VOIDAN

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO




## CAPÍTULO I

El ataque fue fulminante y devastador. En un momento determinado el planeta Tierra, desprevenido por completo, gozaba de una paradisíaca paz como no se conociera en ninguna otra época de la historia: las diferencias entre sus habitantes parecían cosa pasada y, si alguna había, era resuelta por medio de negociaciones, sin malos humores, amenazas ni cualesquiera otros medios de coacción tan conocidos por los políticos de tiempos pretéritos. Al parecer la cordura se había impuesto por todas partes.

Al minuto siguiente la civilización en bloque se derrumbaba en medio del más atroz caos que se conociera desde la famosa confusión de lenguas de Babel.

Nadie tuvo la más remota duda de que se trataba de una invasión llevada a cabo por seres procedentes de otros mundos... incluso de planetas

alumbrados por sol distinto, ya que cuanto caía dentro del radio de acción de nuestra vieja estrella amarilla era lo bastante conocido para saber que tal agresión no podía salir del seno del Sistema Solar.

El primer signo de que algo no funcionaba normalmente se dio al presentarse en el éter una interferencia de las ondas hertzianas cual nunca se conociera, ni aun en medio de la más formidable tormenta magnética en el sol. Las comunicaciones por radio se hicieron imposibles, quedando punto menos que desconectados entre sí los distintos países, salvo por las escasas y anticuadas líneas telefónicas, que tuvieron que pasar de una casi total inactividad a un febril ir y venir de preguntas y respuestas por sus cables.

Todas las bases y destacamentos en la Luna, los planetas y los asteroides se vieron repentinamente aislados, sin medios de saber a qué era debido aquello, ni lo que ocurría en el planeta materno.

Entonces llegó la primera avalancha de invasores.

* * *

El teniente John Rogers no era especialmente ninguna joya en concepto de los jefes que le tuvieron a sus órdenes hasta la fecha. Cierto que salió de la Academia Militar del Espacio con el número uno de su promoción en todas las asignaturas y cursos... excepto Disciplina. Este pequeño detalle le condujo a ser el tercero, por detrás de los dos palos humanos conocidos por los nombres de Hugh Laski y Reginald Petrie, y aún podía dar gracias a la benevolencia del profesorado, pues, por menos motivos de los que hiciera él, habían muchos en la lista de expulsados.

Ahora, al cabo de dos años de servicio activo y tres cambios de destino con la consiguiente serie de notas desfavorables en su hoja de servicios en cada uno de ellos, se encaminaba al espaciopuerto militar de Woomera, en Australia, a fin de incorporarse a la dotación del nuevo crucero de patrulla, el *Fernando de Magalhaes*, quinto de la serie *Explorer*, que iba a realizar su primera travesía dentro de una semana.

El heli-reactor salió de un denso banco de nubes, comprobando el joven que ya volaban sobre tierra, posiblemente Nueva Gales del Sur. Poco después comenzaban a perder altura y velocidad, mientras el piloto se ponía en contacto con la base.

-Llegamos dentro de diez minutos, teniente -le comunicó, luego de haber intercambiado breves frases con el telegrafista de guardia.

-Gracias -repuso Rogers, sonriendo como siempre.

El piloto volvió a su conversación, que ya no debía interrumpirse. Al cabo de pocos momentos Rogers veía alzarse a lo lejos, entre un paisaje de lagos y montañas, las esbeltas siluetas de varias astronaves.

No era aquél su destino, naturalmente. El espaciopuerto en sí, o sea, las pistas donde se posaban las naves, estaba en una especie de anfiteatro entre

los montes, y a él no podía entrar bajo pretexto alguno nadie que no perteneciera a la dotación de los aparatos... y ello debidamente protegido: las radiaciones allí eran seriamente peligrosas.

El heli-reactor se dirigió a una pista de aterrizaje para naves atmosféricas, separada de la otra por un macizo montañoso, por debajo del cual corría el túnel de comunicación entre ambas.

Se hallaban apenas a veinte metros de altura, corriendo ya hacia uno de los hangares, cuando el piloto lanzó un grito de asombro, desconectando rápidamente la radio.

-¡Diablos! -exclamó, conteniendo a duras penas el impulso de volverse hacia su pasajero. Por fortuna recordó a tiempo que el menor descuido a aquella altura y velocidad podía costarles la vida.

-¿Qué ocurre? -inquirió Rogers, extrañado

-¡No sé lo que le pasa a la radio! De repente ha habido una irrupción de parásitos que casi me deja sordo. He tenido que cerrar el contacto. Y lo peor es que aún no me han dado instrucciones concretas sobre dónde hemos de posarnos.

-No veo muchos obstáculos -dijo el teniente, luego de echar un vistazo hacia adelante.

El piloto debía ser de la misma opinión pues, encogiéndose de hombros, enfiló el heli-reactor hacia el suelo, para luego seguir, casi rozándolo, en dirección al cobertizo mayor, cuyas puertas corredizas, abiertas, parecían invitarles a entrar.

Aquello estuvo a punto de costarles la vida. Cuando llegaban ya, y el piloto de Rogers se disponía a tomar tierra definitivamente, asomó un enorme transporte saliendo del hangar.

El choque era inevitable, pero ambos pilotos hicieron cuanto era humanamente posible en la fracción de segundo que les quedaba antes de la colisión. Gracias a ello, el aparato de Rogers no sufrió otra cosa que la pérdida de los rotores, segados por una de las macizas alas del transporte, y el batacazo consiguiente, sin que por fortuna sus ocupantes resultaran heridos.

Tres segundos después el lugar del accidente se veía concurridísimo de ambulancias, coches extintores de incendios, mecánicos, gente libre de servicio que acudía a prestar ayuda... De entre los restos del heli-reactor salió, tan fresco como si lo hiciera del baño, el teniente Rogers. Depositó en el suelo su pequeño saco de viaje, volvió al interior del destrozado aparato para sacar sobre sus hombros el desmadejado cuerpo del piloto y, volviendo a recoger su reducido equipaje, caminó hacia los que ni siquiera habían tenido tiempo de aproximarse.

Al llegar junto a la primera ambulancia le liberaron del peso de su compañero, que ya daba señales de volver en sí.

-No creo que tenga nada -comentó Rogers, convencido-. Sólo se ha dado un golpe en la frente: un chichón, y todo olvidado.

Los sanitarios se empeñaron en llevarle también a él, pero se negó en redondo.

-¡He dicho que no tengo nada, muchachos! ¡Dejadme en paz!

Giró la vista en derredor mientras la ambulancia se alejaba, y casi cayó en redondo al suelo al ver una cara conocida.

-¡Reggie, chaval! -gritó alborozado, corriendo hacia un teniente de poco más o menos su edad-. ¿Qué haces por aquí?

El otro se quedó con la boca abierta y tendió automáticamente la mano para estrechar la de Rogers, pero éste pasó junto a ella como un proyectil. El impacto de ambos cuerpos al chocar pudo escucharse a bastantes metros, y *Reggie* hubiera caído al suelo a no detenerle el formidable abrazo del recién llegado.

-¡Diablos, Johnny! -suspiró la víctima cuando pudo recuperar el aliento-. Tú siempre tan impetuoso. ¿De dónde sales?

Echándose al hombro el saco de viaje, Rogers echó a andar, arrastrando a su amigo sin dejar de abarcarle con el brazo libre.

-De por ahí... Vengo a tomar posesión de mi nuevo destino en el *Magellan*... Bueno, ya sé que no se llama así, pero no acabo de encajar la pronunciación de esos endiablados nombres chinos, o de donde sean, y le doy el nombre que le corresponde en buen inglés.

El otro se detuvo en seco.

-¿Que vienes al *Magalhaes*? -pareció que las piernas le flojeaban ligeramente-. ¡No, por favor! ¡Di que es una broma!

-En mi vida he hablado más en serio, Reggie. ¿Qué te pasa?

-Nada... salvo que Hugh y yo... también...

-¿Qué me dices? -se entusiasmó Rogers-. ¿Que vosotros también...? -hizo una pausa al no permitirle articular palabra la emoción-. ¡Vamos a formar el más fantástico equipo de la Flota!

-Temo que... que a Hugh no... no... -Reggie titubeaba, no atreviéndose a formar en frases lo que quería decir. De pronto halló el valor necesario en algún oculto rincón de su mente, pues agregó con mayor firmeza-: No le gustará a Hugh. Ni a mí, francamente, tampoco, Johnny. No lo tomes a mal, pero ya sabes nuestra manera de pensar. Las únicas notas desfavorables que nos cayeron en los expedientes académicos te las debemos a ti.

Rogers apartó la mano que aún llevaba sobre los hombros del otro, dejándola caer como si no tuviera fuerzas para mantenerla alzada. Sus ojos se clavaron en algún lugar entre sus pies, y así estuvo varios segundos. Al levantar nuevamente la vista volvía a lucir la vieja sonrisa, pero con cierto rictus de tristeza.

-Comprendo, Reginald. Lamento causaros este transtorno, pero ya no lo puedo evitar. De todas formas... -agregó- no suelo durar mucho en ningún destino. Pronto quedaréis libres de mí. ¡Adiós! Luego nos veremos.

Y echó a andar. El otro se le quedó mirando, ligeramente arrepentido de lo duro de sus palabras. En realidad no había querido causar tan desagradable impresión. Trató de enmendar...

-¡Oye, Johnny! ¡Escucha! -alzó el brazo, como queriendo atraerle hacia sí, pero Rogers siguió adelante, cabizbajo y ligeramente triste... cosa rara en él.

-¡No comprendo cómo ha podido ser eso, señor! ¡No lo comprendo!

Rogers se irguió al acercársele por detrás dos hombres, uno de los cuales era el que pronunciara las anteriores palabras.

-Es extraño. ¡Muy extraño! Según mis últimas noticias no se han observado signos de tormenta magnética alguna que pudiera causar esos parásitos. ¿Y dice... ?

-Sí. Se presentaron de súbito, interrumpiendo la conversación que mantenía yo con el piloto del heli-reactor. No pude darle indicaciones precisas de dónde tenía que detenerse. El transporte estaba ya en marcha también. ¡Mire! Este teniente es el que iba de pasajero. El nos podrá decir, quizá, lo que ocurrió exactamente.

Comprendiendo que aludían a él, Rogers acabó de detenerse, esperando. Los que llegaban eran un capitán y un telegrafista. Saludó a su superior con aire marcial.

-¡A la orden, señor! ¿Querían hablar conmigo?

-Sí, teniente. Descanse, por favor. No se trata de nada oficial.

-Usted dirá, capitán... Bueno, por lo que he oído, supongo que quieren preguntarme por lo del choque. ¿Acierto?

-Así es. ¿Qué ocurrió?

-Lo que le ha dicho aquí, el telegrafista. Mi piloto casi quedó sordo a causa de los parásitos que imposibilitaban de oir nada. Creyó que la entrada del hangar estaba libre, y se dirigió hacia allí. Tal vez fuera un poco de imprudencia por su parte, pero, francamente, yo tampoco pensé que pudiera darse la coincidencia aquella de la salida del transporte...

-Su piloto tenía la obligación de preverlo, teniente -repuso el capitán con sequedad-.No voy a tener otro remedio que dar parte de lo ocurrido. De no haberse causado averías en los dos aparatos, podría pasar, pero así... Se hace precisa una investigación. Lo lamento -terminó con una sonrisa-. Es muy loable su intento de defenderle, pero... ¡Hasta luego, teniente!

-Hasta luego, capitán -repuso Rogers, apenas acordándose de alzar la mano hasta la visera de la gorra con ademán ausente.

* * *

Pero el expediente personal de Angus Desmond, el piloto del helireactor, no iba a verse manchado como consecuencia del incidente... aunque él hubiera preferido que fuera así antes que producirse los acontecimientos que lo impidieron.

La base de Woomera seguía aislada del resto del mundo. A falta de poder comunicar por radio, nadie pensó en el envío de un correo por avión y ni siquiera acercarse en un automóvil a la cercana ciudad del mismo nombre. Todo el mundo creyó que la interferencia sería temporal, cosa de unas horas, o un día a lo sumo.

Pero transcurrió el día aquél, y el siguiente. La radio seguía sorda y muda, salvo por el infernal concierto de parásitos.

Al tercer día se presentó en el cielo un aparato de diseño totalmente desconocido en la Tierra.

John Rogers fue de los primeros en verlo desde la ventana de su alojamiento. Seguramente acababa de llegar, pues aún no se oían gritos de alarma. La tranquilidad era absoluta.

Era esférica en su forma, salvo por unas protuberancias cilindricas, seis en total, distribuidas simétricamente en su estructura, una en cada uno de sus puntos cardinales y otras dos en los polos. Entre éstas habían otras menores, cuyo número no pudo precisar Rogers, más achatadas y que a lo único que se le ocurrió compararlas fue a garrapatas adheridas a su superficie.

La esfera estaba detenida sobre la montaña que separaba la pista de astronaves del resto de los cuarteles de la base. Rogers no pudo calcular a qué altura, ya que la apreciación dependía mucho del tamaño real de la nave, que con seguridad era inmensa. Una estimación a ojo le llevó a suponer que tal vez fueran dos mil metros lo que distaba de la cumbre del monte, en cuyo caso su diámetro alcanzaría a la imposible cifra de ¡tres kilómetros!

Estaría equivocado, y tal vez fuera mucho menos, pero...

De pronto dejó de sentir interés por aquella cosa. Dando media vuelta salió del dormitorio y, luego de bajar por las escaleras hasta la planta baja, en unión de otros muchos hombres con quienes ni siquiera cruzó un saludo, emprendió la marcha hacia el centro de la pista de aviones, alejándose de los edificios.

Los demás hacían igual. Ni uno solo de los componentes de las dotaciones de las naves estacionadas en la base o del personal de tierra, se quedó atrás. En larga columna fueron marchando hasta llegar a un kilómetro de distancia de la construcción más próxima.

Allí se detuvieron, contemplando impasibles cómo de las protuberancias cilindricas del esferoide brotaban hasta una docena de pequeños aparatos voladores, que a fantástica velocidad se precipitaban

unos sobre las abandonadas edificaciones, otros hacia el otro lado de la montaña.

Lo que siguió a continuación fue una verdadera orgía de aniquilamiento. Como hambrientos halcones, las diminutas naves empezaron a dar vueltas en círculo. De vez en cuando salía de una de ellas un cárdeno fogonazo que al tocar un muro o un techo lo hacía desmoronarse como si fuera de mantequilla. El calor obligaba a arder hasta los materiales incombustibles, abrasando los rostros de los impávidos testigos pese a su alejamiento...

En breves minutos quedó completada la destrucción. La base espacial de Woomera había desaparecido del mapa.

Ultimada su tarea, los pequeños moscardones se reintegraron al aparato nodriza. De éste salió una nave un poco mayor que aquéllos, que fue a posarse muy cerca de los al parecer hipnotizados terrestres. Estos, como en obediencia a alguna misteriosa orden, desfilaron hacia una portilla que se había abierto en uno de sus costados, tendiéndose hasta el suelo como una pasarela...

## CAPÍTULO II

Los nervios se apoderaban de él. No podía evitarlo, lo mismo que la maldita falta de gravedad que le impedía pasear por el estrecho recinto de su despacho como una fiera enjaulada, cual hubiera sido su deseo. Pero los zapatones magnéticos se adherían al suelo de una forma que le incapacitaba para pensar en otra cosa que lo que estaba haciendo. ¡Y reflexionar hundido en un cómodo butacón, atado a él para no volar al menor movimiento, era una tortura! ¡El Coronel William Hawke quería desahogarse con algo de ejercicio!

Concentrando en la acción toda su reprimida impaciencia, Hawke dio un violento puñetazo al pulsador que había sobre la mesa, reteniendo allí la mano durante cerca de medio minuto. La puerta se abrió antes que aflojara la presión, y su ordenanza, un ruso llamado Iván Dimitrievich Apraksin, se precipitó dentro, casi cayendo cuan largo era encima de la mesa en su esfuerzo por detenerse en aquellas extrañas condiciones gravitatorias.

-¿Llamaba, *polkóvnik*? -preguntó.

-¡Sí, diablos! ¿Qué crees que estoy haciendo, tocar la Quinta Sinfonía de Beethoven para timbre y una voz? -y dándose cuenta de la palabreja que soltara el otro, ladró-: ¡Y no vuelvas a dirigirte a mí en tu maldito idioma! ¡Soy Coronel... Co-ro-nel...! ¿Me has entendido? No *pankovich*, como tienes por costumbre llamarme... No estoy muy seguro de que no te aproveches de mi ignorancia del ruso para insultarme... ¡maldito bolchevique!

-*Polkóvnik* significa *coronel*, señor. No volverá a ocurrir... -el soldado temblaba de furia ante la avalancha de insultos y vejaciones. ¡Ya tendría ocasión de comunicar a sus verdaderos superiores en el Ejército Soviético el comportamiento de aquel cerdo! Iván era un buen chico donde los pudiera haber, y se había incorporado voluntariamente al puesto avanzado de Thule, bajo control internacional como todas las misiones llevadas a cabo más allá de la atmósfera de la Tierra. En este aspecto la ONU se había anotado un triunfo resonante y cada país contribuía en igualdad de condiciones con los demás. El personal era en cada puesto el más apropiado, sin tener en cuenta nacionalidades... y al pobre Apraksin le había caído en desgracia el nombramiento de ordenanza de aquel energúmeno. ¿Cómo habría logrado alcanzar el puesto, cuando no contaba con mérito alguno para ello?

Tragándose a duras penas el orgullo, el muchacho repitió su pregunta inicial:

-¿Llamaba, mi coronel?

Eran las órdenes para casos como el presente. Hawke le tenía recomendada la repetición si no era de su agrado lo que Iván dijera.

-¡Sí! ¿Hay alguna novedad en la radio?

-Ninguna, señor. Los parásitos siguen impidiendo toda comunicación.

-¡Pues lárgate, con mil diablos! Al segundo siguiente que quede en condiciones la emisora, quiero saberlo.

-¡A la orden, coronel! -casi perdió el equilibrio, pero fue capaz de dar un tremendo taconazo del más puro corte prusiano. Media vuelta perfecta y salió, reteniéndose con esfuerzo para no dar rienda suelta a las lágrimas.

A través de los estrechos pasadizos del subterráneo, Iván alcanzó la cabina de los telegrafistas.

-¿Qué hay, Iván? -le saludó amablemente Bernard Jolliet, el jefe del departamento-. ¿Vienes a saber...? Pero, ¿qué te pasa? -inquirió al ver su desencajado rostro.

-*Eto vsió nichegó* -repuso el ordenanza-. No te preocupes, Bernard. ¿Hay noticias?

-¡Con que nada, eh? -insistió el francés, perfecto conocedor del idioma nativo del otro-. ¡Eso se lo cuentas a tu tía! ¿Otra vez el *angelito*?

-*Da* -reconoció Iván-. Es lo normal. ¿Hay...?

-¡*Cochon*! -exclamó Bernard en francés, dando a Hawke el mismo nombre que in mente le aplicara el ruso-. ¡Algún día acabará con la paciencia de alguien y aquí pasará una cosa gorda!

-Déjalo estar, Bernard. ¿Siguen los parásitos?

-Sí, aún están ahí -respondió el otro cansadamente-. No sé si llegarán a irse algún día.

-No te olvides de pasarme recado en cuanto haya alguna novedad. El coronel está que se sube por las paredes.

Iván se volvió como para irse, pero lo titubeante de su gesto no pasó desapercibido al francés, así como la dirección de su mirada. Sonrió comprensivamente.

-Quédate un poco con nosotros, Iván -invitó-. Voy a avisar a Marty de que estás aquí para llevarle más deprisa las noticias al ogro, si las hay.

Marty era el segundo ordenanza de Hawke. Jolliet le llamó por el teléfono de comunicación interior, cumpliendo lo prometido, y luego volvió a su puesto.

Apraksin, fingiendo pasear, se había ido aproximando a una muchacha morena que se sentaba ante una mesa con unos auriculares puestos en los oídos. La chica no le había visto.

-Déjalo, María -indicó el francés, sonriendo ampliamente-. Yo me haré cargo ahora.

La chica se quitó rápidamente los auriculares como si se liberara de unos grilletes.

-¡Uf! -exclamó-. ¡No hay manera de resistir ese chirrido más de...! ¡Iván! ¿Cuándo has llegado?

-Ahora mismo, María -repuso éste, sentándose a su lado-. Bernard me ha dicho que me quede...

-¡Pues ya te estás largando! -medió el francés, interrumpiéndole. Ambos clavaron los ojos en él, con asombro-. ¡La vía está libre, muchachos! ¡Dile a *Traganiños* que ya tiene el éter para él solo!

Iván salió disparado, y medio minuto después regresaba con Hawke. Bernard se levantó de su asiento para cederle el sitio.

-¿Ha logrado establecer comunicación con alguien, Jolliet? -inquirió el coronel.

-No, señor -dijo el aludido-. Casi diría que no hay emisora alguna transmitiendo en todo el Sistema Planetario. Pero bien pudiera ser que no hayan llegado hasta aquí las ondas aún. Tengamos en cuenta...

-¿Qué diablos me está contando? ¿Ha llamado, o no?

-Sí, señor, pero...

-¡No contestan, ya lo sé! -con terrible acento ominoso, el coronel hizo girar su asiento para enfrentarle-. ¿Y no es más fácil suponer que toda esta instalación está averiada, en lugar de venir con ese cuento chino de que en todo el Sistema no emite nadie?

Bernard apretó los puños. ¡Aquel tipo era capaz de sacar de sus casillas a cualquiera! ¡Le hubiera gustado verle hablando con alguien superior a él en un par de grados! ¡Seguro que se arrastraría como una rata!

Decidió seguir la línea de menor resistencia, aunque ello supusiera mentir a sabiendas.

-Es posible, señor. Lo comprobaremos...

-¡Hágalo, y a toda prisa! ¡Ya es bastante malo que estemos un mes sin noticias, para que ahora nos encontremos con esto! ¡En la Tierra van a creer que este maldito planetoide se ha esfumado! ¡Quiero saber algo, antes de media hora!

-Bien, señor.

Iván no se atrevió a quedarse allí y, siguiendo al coronel, marchó a su puesto.

No fue media hora, ni una, lo que necesitaron los del puesto de radio para darle algo positivo a Hawke. A la tercera visita que hacía Apraksin al feudo de Jolliet, éste le entregó un carrete de cinta magnetofónica.

-Hemos captado esto. Nadie de nosotros lo entiende, Iván. No es inglés, francés, ruso, italiano, español o alemán... y, más ampliamente aún: no se trata de un idioma latino, eslavo o germánico. Llévaselo a *Traganiños* y que vea él lo que hace.

Hawke, que por algún extraño proceso de su retorcida mente, aparecía mucho más tranquilo que en cualquier momento de los pasados días, recibió a su ordenanza casi con amabilidad.

-¿Qué me traes, Iván? ¿Han logrado establecer contacto?

-No lo saben, señor.

-¿Cómo que no lo saben? ¿Han escuchado algo, o no?

-Parece que sí. Pero no pueden entenderlo. No es ningún idioma de los que ellos tengan nociones. Aquí le traigo a usted la grabación. Ber... digo, Jolliet me la ha dado por si usted pudiera encontrarle algún sentido.

-A ver -Hawke casi sonreía al tomar el rollo y dirigirse con el al magnetofón que había a un lado de su despacho. Por encima del hombro habló con su martirizado ordenanza-. Puedes marcharte. Si te necesito, ya te llamaré.

El muchacho salió asombradísimo: no lograba comprender aquel brusco cambio de actitud cuando las cosas no parecían haber mejorado lo más mínimo. ¡Aquel inglés debía estar como un cencerro!

Hawke, con manos casi temblorosas por la emoción, encajó el carrete en su lugar, y dando al contacto puso en marcha el magnetofón.

Del tornavoz salieron unos sonidos suaves y dulzones que, indudablemente, eran voces humanas. Hawke se inclinó sobre el aparato para no perder una sílaba: Bernard Jolliet estaba en lo cierto al decir que aquello no correspondía a ninguna lengua de las más extendidas sobre la Tierra; Hawke, que tenía ligeros conocimientos de chino y japonés, hubiera podido jurar que tampoco se trataba de uno de éstos.

Sin embargo siguió atento a las voces. Y, según iba agotándose la cinta, volvía a invadirle la terrible cólera que casi podía considerarse últimamente su estado natural. Pálido, tembloroso, con los puños apretados hasta hacerse sangre en las palmas de las manos, el coronel escuchó aquel misterioso mensaje que interceptaran los telegrafistas de Thule, y, por fin, antes de que terminara, fue incapaz de contenerse más tiempo. Con un feroz rugido de cólera alzó el aparato, estrellándolo contra el suelo.

Tal fue el impulso proporcionado al golpe que, por reacción, arrancó sus zapatos magnéticos del suelo para quedar flotando en el aire casi junto al techo. Muy lentamente comenzó a bajar de nuevo, atraído por la débil gravedad del planetoide.

Como un loco, se precipitó sobre el pulsador de la mesa. Iván estuvo presente en el acto.

-¡Que preparen la nave! ¡Salgo dentro de cinco minutos!

El ruso quedó estupefacto. De todos era sabido que la nave no estaría dispuesta en menos de una hora. Sin embargo se guardó muy mucho de discutir.

-¡Sí, señor!

Y se esfumó a cumplir órdenes.

-¿Cómo diablos quiere que se cargue el combustible y compruebe el funcionamiento de todos los aparatos en cinco minutos? ¿Se habrá creído que es algún automóvil? -murmuraba para sí al alejarse.

El coronel también quedó algo aturdido por la propia orden que acababa de cursar. Comprendiendo que tendría que dar alguna explicación, se encaminó al departamento de radio.

-Vengo a entregarle el mando del destacamento, Jolliet -dijo a guisa de saludo, al entrar.

-¿A mí, coronel? ¿No se encuentra bien? -inquirió el francés, algo preocupado.

-Me encuentro perfectamente, gracias -replicó ásperamente-. En cuanto a su primera pregunta, parece olvidar que es usted capitán del ejército de su país, Jolliet. No veo nada de extraordinario en mis palabras. Sin embargo, y aprovechando mi mención a su flaca memoria, he de decirle que su familiaridad para con los que ostentan graduaciones inferiores, o ninguna, me parece de mal gusto y lesiva para con la dignidad de un militar, de cualquier país que sea. En mi despacho, que desde ahora es el suyo, encontrará la documentación necesaria. Ahora redactaré la transmisión de poderes.

Ya se disponía a marcharse, cuando Jolliet le detuvo.

-Está muy bien eso, coronel. Pero, puesto que se va, me gustaría conocer sus motivos.

Ni siquiera se le había ocurrido cosa semejante a Hawke. Claro que habría podido replicarle que no le importaba, pero comprendió que semejante contestación tal vez fuera contraproducente. Trató de salvar la cara.

-¡Su insolencia me cansa ya, Jolliet! Pero, ya que pide explicaciones, se las daré. ¡Voy a hacer algo que debiera haber hecho usted hace días! Salir al espacio para comprobar si esta estación está sorda y muda por algún motivo subsanable.

Jolliet asintió en silencio. No es que no se le ocurriera, sino, sencillamente, que estaba seguro de que en los aparatos de radio de Thule no había nada anormal.

* * *

Tres horas después, desde cien mil kilómetros de distancia, Hawke y Jolliet comprobaban que era perfectamente posible mantener contacto radial entre la nave del primero y el transmisor de Thule. Las demás emisoras extendidas a todo lo ancho del Sistema Solar, seguían guardando el misterioso silencio: ya no se oía siquiera aquella voz del lenguaje desconocido.

-Me apartaré algo más -dijo Hawke-. Es posible que haya alguna interferencia en el cinturón de asteroides.

Pero la comunicación seguía siendo perfecta entre ellos y nula con el resto del Universo cuando dos días después la pequeña astronave había

cruzado el grueso de la aglomeración de pedruscos de todos los tamaños imaginables, interponiéndolos entre ambas emisoras.

-Marte está cerca -volvió a sugerir el coronel-. Trataré de asegurarme de que no les ocurre nada.

Iván Dimitrievich Apraksin que, naturalmente, formaba en la reducida tripulación de diez hombres que acompañaba a Hawke, expresó con gráfica interjección lo que opinaba del estado en que pudieron hallar a primera vista la basé de Deimos, a 14.600 kilómetros de Marte:

-¡*Chort vozmí*!

-El mismo diablo hubiera causado menos daño -asintió Marty junto a él, como si adivinara lo que había dicho.

Decir que aquello estaba arrasado era formar una pálida imagen de lo que veían. Nadie hubiera vacilado mucho en creer la sugerencia de que Satán en persona se había personado allí para arrancar de sus cimientos las construcciones y trasladarlas a las profundidades del Averno.

Los establecimientos en el propio Marte se hallaban igual: Gran Sirte, Lago del Sol, Arcadia... Como si en vez de construcciones de acero y plástico hubieran sido chozas de adobe con miles de años de existencia y violentísimas lluvias y huracanes hubiesen caído sobre ellas, dispersándolas por toda la faz del planeta. Apenas eran reconocibles los lugares en donde las erigieran los hombres en medio de la arenosa desolación que volvía a invadirlas.

De sus ocupantes no vieron ni rastro.

El coronel Hawke no se molestó ya en consultar con Jolliet en el ahora lejanísimo asteroide de Thule.

-¡Rumbo a la Tierra!

Quince días después de iniciar el que se proyectara como viaje de horas, la acongojada tripulación establecía su nave en órbita alrededor del viejo planeta materno de la raza humana.

Dos palabras hubieran bastado para describir lo que veían:

Infinita desolación.

Ni una ciudad, ni un pueblo por insignificante que fuera... Nada quedaba en pie. Como si de un modo sistemático alguna poderosa entidad desconocida hubiera querido borrar las huellas de los habitantes de la Tierra, reintegrándola al estado en que la hallaron los hombres la primera vez que hicieran algo por enmendar la plana a la Naturaleza.

Todos estaban anonadados. Durante horas, mientras su nave daba vueltas y más vueltas, permanecieron mirando, apenas viendo lo que quedaba abajo, sin casi ánimo para intentar descubrir algún resto de vida humana...

Hawke fue el primero en reflejar en palabras su pensamiento.

-¡Se han ido! -rugió, con acento más de rabia y desesperación que de

abatimiento-. ¡Se han ido y...!

No terminó, pareciendo ahogarse con su propio aliento. Sus ojos, con mirada de loco, recorrieron a sus subordinados de uno en uno.

-Sí, se han ido, señor -confirmó Apraksin, unido momentáneamente a él por la simpatía de la desgracia común-. ¿Habrán muerto todos? ¿A qué será debida tal catástrofe?

Hawke no contestó, limitándose a seguir mirándoles con los ojos inyectados en sangre, abriendo y cerrando los puños...

-Podríamos... -quiso sugerir Marty. El coronel no le dejó seguir.

-¡Hagan lo que les venga en gana! -y, dando media vuelta, se alejó hacia su cámara, dejando a los demás con la boca abierta.

-¿Qué le pasará?

-Lo mismo que a nosotros -sugirió Iván-, pero a él le ha dado en otra forma. ¡Es para volverse loco! -recordando algo, preguntó-: ¿Qué querías decirle al coronel?

-Que tal vez fuera oportuno tratar de establecer contacto por radio con alguien que haya podido quedar allá abajo...

-Nada cuesta intentarlo... Aunque dudo que logremos algo.

## CAPÍTULO III

Tan pronto se hubo cerrado la compuerta detrás del último de los aproximadamente doscientos hombres de la base de Woomera, éstos se miraron entre sí, asombrados, como si acabaran de despertar de un mal sueño.

En realidad aún no se daban demasiada cuenta de lo ocurrido. Había sido tan súbito, tan inesperado, que sus mentes no acertaban a encajar los acontecimientos. Aturdidos, como sonámbulos, se limitaron a mover las cabezas de un lado a otro, sin reconocerse siquiera.

John Rogers, tal vez por causa de su carácter despreocupado y optimista, fue el primero en sentirse dueño de sus acciones por completo. Y estaba francamente indignado. ¿Quién demonios habría sido el que les capturara, obligándoles a desplazarse a alguna distancia de los edificios de la base, demoliendo ésta después hasta sus cimientos? ¿De qué medios se habría valido para obligarles sin violencia alguna a obedecer? Porque estaba seguro de que aquellos movimientos colectivos de todo el personal se habían debido a alguna misteriosa orden que nadie captó con los sentidos.

Un violento afán de rebelión le dominó. ¡A él no se le trataba así! Por ello, cuando, minutos después, volvió a abrirse la compuerta y una voz, ahora física, dio la orden:

-¡Salgan de uno en uno!

Rogers emitió una burlona sonrisa y, en lugar de obedecer, se sentó en un rincón, viendo desfilar a sus compañeros, hasta quedar solo.

No tenía ningún proyecto. Simplemente le fastidiaba que le trataran como a una oveja a la que el pastor ordena que vaya de acá para allá en una peregrinación que para el animal no parece tener objeto alguno. ¡En él no mandaba nadie por las bravas!

Suponía que estaban en el interior de aquella colosal esfera, pero no podía tener certeza alguna de ello. Según pasaban los minutos comenzó a reflexionar en lo que había hecho. ¿Por qué tuyo que quedarse allí en lugar de ir con los demás? Ignoraba todo en absoluto. Quiénes eran los agresores, por qué habían hecho aquello, a dónde les llevaban, para qué les querían...

Ya casi empezaba a arrepentirse de su rebeldía... Era una insensatez, una rabieta infantil. Un hombre hecho y derecho no podía seguir impremeditadamente un impulso, sin conocer un mínimo de los riesgos a que iba a exponerse...

Cansadamente se puso en pie. La tenue luminosidad rojiza que iluminara el recinto se había extinguido al desaparecer el último de sus compañeros, signo evidente de que nadie se había percatado de que faltaba uno. A tientas, recorrió el mamparo donde estaba la puerta-pasarela, pero

no pudo hallar nada: seguramente la habían cerrado luego de quedar a oscuras.

-¡Diablos! -murmuró en voz baja-. ¡Buena la has hecho, Johnny! ¿Cómo sales ahora?

Sacando del bolsillo un encendedor, dio un vistazo al lugar. Allí estaba la salida... pero como si no estuviera: no conocía medio de abrir. Junto al rincón en que permaneciera sentado había otra puerta más pequeña que, posiblemente, comunicaría con el resto de la nave.

Pensativo, apagó el encendedor, quedándose allí plantado con los ojos fijos en la puerta pero, naturalmente, sin ver nada en la oscuridad.

Johnny Rogers era un fumador empedernido. Instintivamente echó mano al paquete de cigarrillos y, encendiendo uno, siguió dando chupadas a oscuras. La pequeña brasa le permitía ver algo, aunque poco, pero se dijo que con ello ahorraba una pequeña cantidad del precioso combustible. Tal como estaban las cosas, quizá no pudiera reponerlo en mucho tiempo... si podía alguna vez.

Apoyado en el mamparo, continuó un rato, viendo como el cigarrillo se consumía poco a poco, tal vez más deprisa de lo normal a causa de las enérgicas chupadas que le daba en su nerviosismo. Y ya se disponía a arrojar la colilla cuando, sin previo aviso, volvió a hacerse la luz.

Sobresaltado se irguió, pero sin moverse de donde se hallaba.

-Ya me han echado de menos -se dijo-. Ahora será ella. Tendré que defenderme, desde luego... ¿Por dónde entrarán?

Decidió que la mejor posición defensiva era la que ocupaba ahora: junto a una de las puertas, y lo bastante cerca de la otra para salvar la distancia de un salto y sorprender a... ¿a quién ?

Se encogió de hombros. Daba igual. Procuraría, si se trataba de algún ser monstruoso, no fijarse demasiado en él.

Porque ahora ya estaba convencido de que eran habitantes de otros mundos los agresores. Nadie, en la Tierra, poseía aparatos como aquellos que habían visto... ni medios de exterminio tan peculiares como para derruir... o mejor derretir, una construcción de cemento armado, acero de la mejor calidad y plásticos incombustibles y casi indestructibles, como si fuera un bloque de mantequilla, ¡y en silencio! Ahora que reparaba en ello, no se había producido explosión ni estruendo de ninguna clase.

Rogers sacudió la mano al quemarse con el cigarrillo, que había olvidado por completo.

La puerta que estaba junto a él, la que supusiera conducía a los restantes departamentos de la nave, se abrió, dejando enmarcado en ella un individuo humanoide, aunque las diferencias con los terrestres eran notables.

-¡Un robot! -se dijo, al percibir el metálico brillo de distintas partes de

su cuerpo.

Pero, sin vacilar un segundo, se arrojó sobre él. Los robots también podían descomponerse si recibían un buen porrazo: siempre quedaba la posibilidad de fundirles una lámpara, aflojar un tornillo o romper una conexión...

El choque con aquella masa metálica fue terrible... y doloroso para Johnny.

* * *

*CEK120547*... Bueno... no era éste su nombre completo. Aún quedaban más números y letras para totalizar su identificación: *C* significaba su categoría como ciudadano de tercera clase; la *E* iba por la ocupación de ingeniero del orden *K*; el número... Pero ¿para qué más explicaciones? En la Tierra aún no nos complicamos tanto la existencia... en este aspecto. Baste decir que las tres docenas de letras y guarismos a que alcanzaba la gracia de *CEK12*... etcétera, abarcaban, a más de lo dicho, el planeta y población de su naturaleza, árbol genealógico familiar hasta la trigesimacuarta generación, caracteres físicos del interesado, y muchos más detalles que a nosotros nos llegarían a parecer hasta estúpidos, pero que en Voidán, lugar de procedencia de tal angelito, eran tomados muy en serio.

Como decíamos, *CEK120547*... terminó su meticulosa revisión del tablero de mandos, comprobando que todo estaba en orden, como debía estar, desde luego. ¿Acaso no era él uno de los más cuidadosos pilotos de Voidán? Buena prueba de ello eran los cambios otorgados últimamente en tres de las más importantes letras de su kilométrico apelativo: lo que en un norteamericano hubiera equivalido a tres Medallas del Congreso o en un inglés a una triple designación de Caballero de la Orden de la Jarretera... ¡Dentro de poco pasaría a la clase *B*! Mando supremo de una nave, mayor independencia...

Soñando despierto se encaminó al armario donde debía guardar su equipo de vuelo. Un hábil movimiento y el casco-escafandra quedó liberado de su cierre: alzó las manos para sacarlo de su sitio... y quedó inmóvil en esta posición sus buenos tres segundos.

En la bruñida superficie del mamparo que tenía frente a sí se veía reflejado el parpadeo de una lucecilla azulada en el cuadro de instrumentos. Cuando pudo recuperarse de la sorpresa, *CEK120*... se volvió, regresando al asiento del piloto. Un rápido cálculo le dijo que la alarma... pues de alarma se trataba, procedía del compartimento de carga: ¿Habría quedado algún prisionero allí? Pero no. El calor humano es constante, y el que denunciaba la luz parecía fluctuar, aunque no descendiendo nunca de un mínimo. ¿Un cortocircuito? Tal vez... Los cables de control de los motores de popa cruzaban el suelo de aquella dependencia, y estaban construidos en

forma a transmitir allí su calor para caso como el presente.

Sin pensarlo más, el piloto abrió la puerta de comunicación, luego de encender las luces, profundamente preocupado. Si resultaba que la avería era por alguna impensada negligencia suya... ¡adiós ascenso!

Casi automáticamente dio una ojeada a la pantalla de observación de la bodega, al mismo tiempo que accionaba el resorte de apertura. Estaba vacía totalmente, salvo por una leve neblina, producto con seguridad de la combustión de los revestimientos aislantes de los cables. Precipitadamente dio un paso...

Uno de los presos estaba allí, oculto detrás de la puerta. ¡Por eso no le había visto en la pantalla! *CEK120...* se echó atrás sobresaltado, pero ya el otro estaba encima de él. Ni por un instante se le ocurrió que la metálica armadura le protegería del ataque, y ello fue su perdición.

El casco golpeó contra una de las jambas, desprendiéndose al no estar bien sujeto. Rogers. convencido de que peleaba con una insensible máquina, quedó con la boca abierta al ver la cabeza de un ser humano debajo del suelto armatoste. Estuvo a punto de soltarle, creyendo en un error por su parte, pero *CEK1205...* cometió la equivocación del siglo al exclamar en medio de su pánico:

-¡No me mates, terrestre, no me mates!

Sudaba de miedo, pese a no ser menos corpulento que Rogers. Pero los *voidanios*, capaces de batirse por medio de sus máquinas hasta el último extremo, no podían resistir, por falta de costumbre, la perspectiva de un daño físico ajeno a su habitual ocupación.

Rogers se echó a reir, y de un tirón le puso en pie.

-¡Quítate el disfraz, hermano! -ordenó, sacudiéndole como si fuera un pelele.

-¿El... qué? -*CEK12...*, pese a hablar el inglés sin acento extranjero alguno, no lograba penetrar en las sutilezas del idioma.

-¡Eso que llevas encima! ¡Quiero ver cómo eres al natural!

Rogers no era tonto, según tenía demostrado en infinitas ocasiones, y su impetuosidad no le privaba de una gran dosis de astucia y claridad de ideas en las situaciones difíciles. Mientras el otro, temblando a causa del terror, se despojaba de la armadura, el terrestre paseó la mirada por la cabina de control.

-¿Qué... qué... vas a hacer? -inquirió el voidanio, más muerto que vivo.
.

-¡Silencio! -le atajó Johnny en un susurro sibilante.

El otro calló atemorizado, y en breves segundos terminó de sacarse las distintas piezas de la coraza. Johnny observó maravillado que la apariencia externa de aquel individuo no difería en nada de la de cualquier compatriota suyo. Pero la situación no estaba como para entretenerse en

contemplaciones.

Cogiendo al voidanio por la muñeca, se la retorció a la espalda, arrancándole un gemido de dolor.

-Me vas a decir cómo puedo salir de aquí... -no era pregunta, sino afirmación.

-No hay procedimiento alguno -aseguró el prisionero.

-Si tú pilotas este cacharro... -insinuó Rogers.

-No puedo, en forma alguna. Tendrían que abrirme las compuertas para salir al exterior.

-¡Pide permiso! Piensa cualquier excusa.

*CEK12...* se le quedó mirando como si le hablara en una lengua incomprensible.

-¡Eso es imposible! ¡Yo no puedo tener iniciativa alguna! El único que puede hacerlo a bordo es *ABI631...*

-¡Pues llévame a presencia de ese *Abe*! -no le convencía demasiado la solución, pero puesto que era imposible salir...-. Y recuerda que, si me veo en un apuro, lo primero que haré es romperte el brazo, y luego el cuello.

-Sssí... Ya me lo figuro. Ven por aquí. Iremos por los lugares menos concurridos.

Sin aflojar su presa ni una milésima de segundo, Rogers acompañó al otro, convencido de que en cualquier instante caería en una celada o tropezaría con algún otro tripulante de la colosal astronave.

Pero no fue así. Un ascensor los llevó posiblemente al extremo opuesto de la máquina, o quizás a su centro. *CEK120...* hizo alto al lado de una pequeña puertecilla, metálica como todo el interior de la nave.

-Aquí es. Esta puerta conduce a la sala de control.

-¿Hay mucha gente dentro?

-No sé; posiblemente *ABI631...* solo. Aunque también pueden haber uno o dos más con él. A bordo somos cinco en total.

-¡Mientes! -el brazo de *CEK12...* crujió amenazadoramente-. Yo he visto diez o doce aparatos voladores. Cada uno debía llevar, por lo menos, un tripulante.

-¡Oh! -gimió el infeliz-. No... no te engaño. Los dirigíamos nosotros desde aquí. Allí sólo iban controles automáticos.

-¡Está bien! ¡Abre!

Rogers estaba decidido a lo que fuera. La situación había llegado a un extremo en que lo más seguro era que muriese bajo la descarga de alguna terrible arma; pero si lograba causar algún daño a aquellos tipos, eso llevaría por delante. No podía esperar más.

*CEK12...* giró la manivela e inmediatamente se vio empujado brutalmente hacia dentro, sirviendo de escudo al terrestre para en caso de que los recibieran a tiros. Había tres individuos reunidos allí.

La estancia era más pequeña de lo que Rogers creyera. Apenas mediría más de cinco o seis metros de lado.

El que se sentaba detrás de una enorme mesa semicircular, medio se alzó de su asiento, gritando con voz indignada algo que Rogers se vio incapaz de entender. Los otros dos avanzaron un paso en dirección a los recién llegados.

-¡Calla, macaco! -gritó el terrícola. Y, para prevenirse de la agresión que veía llegar, pasó delante de su cautivo, tiró de él violentamente, y con el mismo movimiento le hizo salir despedido contra los otros dos en un habilísimo lanzamiento de judo. Los tres cayeron en confuso montón, aullando de dolor.

Casi sin solución de continuidad, Rogers saltó por encima de la mesa, aterrizando sobre el que parecía el jefe. En un segundo le tuvo tan inmovilizado como antes al otro.

-¡Cambio de pareja! -exclamó alegremente. A estas alturas, y juzgando por la débil resistencia ofrecida por sus dos adversarios, comenzaba a percatarse de que aquello iba a resultar relativamente sencillo. Los tipos no estaban hechos a la violencia física: eran unos cobardes integrales como él nunca supo que los hubiera.

-¿Eres tú el famoso *Abe*, el mandamás de esta cafetera?

-Sí... sí -respondió temblorosamente, casi ahogándose.

-¡De acuerdo, pues! ¡Diles a tus chicos que se levanten! ¡Y díselo en inglés para que yo lo entienda! ¡Desde ahora, mi idioma es el oficial en este barrio!

El anticlímax de la situación era terrible. Un arma tan formidable como esta astronave, y ¡podía ser capturada por un solo hombre, como si estuviera tripulada por chiquillos de dos años!

John Rogers se echó a reir.

-¡A mis muchos pecados añado ahora el de piratería! ¡Icemos la bandera negra!

Los voidanios le miraron como si se hubiera vuelto loco. Lo estaba, pero de alegría.

## CAPÍTULO IV

-¡Iván! -el ruso corrió junto a su amigo Marty-. ¡Escucha esto!

-¿Has captado alguna emisión?

-No lo sé, pero pudiera ser.

Iván se colocó los auriculares que le ofrecía el otro. De momento no pudo oir nada, pero un instante después le llegó un largo pitido, y a continuación un breve silencio y otro sonido más corto.

-Parece que estuvieran transmitiendo en morse -murmuró Iván-. ¿Tú lo conoces?

-No... pero aquí debe haber... -husmeó un rato entre los cajones del telegrafista-. ¿Dónde se habrá metido Stan? El lo recordará, quizás. ¡Ah, aquí lo tiene!

Sacó una cartulina con las equivalencias de los distintos signos del alfabeto morse.

-Vamos a ver... -Iván pasó el dedo por la cartulina-. Era una raya y un punto lo que hemos oído ahora, ¿no? ¡La letra *N*!

Media hora después abandonaban toda tentativa de descifrar aquello. Iván había llenado dos cuartillas con letras y números, pero, por más vueltas que le daban, era imposible sacar nada en claro.

-¡Oye! -sugirió Marty-. ¿Y si se lo lleváramos -miró de reojo alrededor, precavidamente- a *Traganiños*?

-¿Quién? ¿Tú o yo? -ninguno de los dos tenía el menor deseo de verse en presencia de Hawke, si no era imprescindible.

-Echamos una moneda al aire, y ya está.

Le tocó en *suerte* a Iván. Por fortuna para él, Hawke seguía tan aplanado que no tenía espíritu para gritar siquiera.

-No lo entiendo en forma alguna -dijo amablemente el coronel-. ¿Habéis localizado la fuente de la emisión?

-Stan Igrosky, el telegrafista de a bordo, está tratando ahora de encontrarla, señor. ¿Le comunico cuando haya algo concreto?

-No es necesario. Voy yo.

Salieron juntos. Igrosky, un polaco moreno y de incongruentes ojos azules, se inclinaba sobre un mapa mundi, trazando cuidadosamente una serie de líneas sobre él. Todas se cruzaban en el mismo punto al Este de las islas Filipinas.

Hawke miró el trabajo que desarrollaba el otro, sin pronunciar palabra. Finalmente, cuando el polaco se irguió:

-¿Lo ha podido localizar, Igrosky? -preguntó el coronel.

-Con exactitud, no, señor. Este es solamente un trabajo preparatorio para comprobar si los datos cuadran; parece que sí. En diez minutos más tendré localizado el lugar exacto.

Tomando un mapa parcial de la zona, a mayor escala que el que utilizara antes, no le costó ni siquiera el tiempo calculado. Cuatro o cinco líneas se cruzaban precisamente en la intersección del paralelo 13° 30' N. con el meridiano 144" 45' E.

-¡La isla de Guam! -exclamó Marty-. ¿Vamos a comprobar si se trata de alguna llamada?

-Desde luego que iremos -asintió Hawke-. Pero dudo que haya nadie allí. Debe ser cualquier cosa menos un transmisor de radio, pues de otro modo no se explica la falta de cohesión del supuesto mensaje.

La astronave se arrancó de la órbita polar que había seguido hasta entonces para ahorrar combustible y tener bajo observación por sectores toda la superficie de la Tierra.

Dos horas después tomaba tierra sobre su cola en un pequeño valle, aproximadamente hacia el centro de la isla de Guam, en la antigua base naval de Agaña; desde el aire no habían visto movimiento alguno en la cercana península de Orote, donde hasta poco antes estuvieran el puerto y el campo de aviación. En la propia ciudad de Agaña no quedaba rastro de los aproximadamente dos mil habitantes con que llegó a contar según el último censo. Las setenta mil almas que poblaron la isla hasta bien reciente se habían esfumado por completo en aquel misterioso éxodo que nadie se explicaba demasiado bien todavía.

-Las señales vienen de más al Norte, señor -notificó el polaco-. Es una lástima que hayamos descendido aquí. Ahora, si queremos saber lo que hay de cierto, habrá que enviar una expedición. Incluso ignoramos la distancia.

-Yo diría que proceden de algún lugar del monte Machanao -intervino Iván, en vista de la mudez que parecía haberse apoderado de Hawke-. ¿Me permite acercarme por allí, coronel?

-Hágalo, si quiere -repuso éste con acento ausente. Iván se quedó asombrado pues era la primera vez que no le tuteaba-. Pero tenga en cuenta, *ruso* -recalcó la palabra como si fuera un insulto-, que el trayecto de ida y vuelta no son menos de cincuenta kilómetros. Le doy dos días para que esté de regreso aquí. Caso contrario nos marcharemos sin usted.

-Bien, señor. Procuraré...

-Casi es preferible que le acompañe alguien -insinuó Marty, dirigiéndose al coronel-. Yo me ofrezco, si me lo permite usted, señor.

-¡Vayan los dos, pues! Pero ya saben a lo que se exponen.

Equipados con sendos transmisores portátiles, los dos muchachos se pusieron animosamente en camino. Igrosky, desde la astronave, les iba dando instrucciones sobre el rumbo a seguir.

Cinco horas después, por caminos infernales, donde los había, y cruzando a campo través en la mayor parte del trayecto por el abrupto territorio montañoso, Iván y Marty llegaban al borde de los acantilados que

cerraban la isla entre las puntas Ritidian y Pati por el norte. Abajo podían ver una estrecha faja arenosa de playa, resguardada por los bajíos que formaban un cinturón de espuma un poco más allá.

-Llama a Stan -sugirió Marty-. El nos dirá exactamente el lugar.

Pero el polaco, desde la relativamente grande distancia a que se hallaba, no podía darles indicación alguna. El goniómetro captaba en la misma línea las emisiones del misterioso aparato y de los dos exploradores.

-Eso significa que puede estar lo mismo a un kilómetro a la derecha que a la izquierda de vosotros... o cuatro o cinco detrás o delante.

-¡Oye, Stan! -sugirió Marty-. ¿No podrías sacar el cacharro ése de la nave y llevarlo a cuatro o cinco kilómetros de distancia de ahí? De lo contrario va a ser difícil.

-No puedo arrancarlo de su emplazamiento sin armar un desbarajuste -se excusó el otro-. Seguid buscando. Si hay alguien os verá y acudirá a vosotros.

-Es una lástima que Stan no pueda trazarnos una triangulación -se lamentó Iván cuando hubieron cortado-. ¡Seguiremos a ciegas!

-¡Ni hablar! -replicó Marty-. ¡Yo me fabrico un gonio!

-¿Y cómo? -se asombró el ruso.

-Sencillo. Ahora verás.

Los aparatos que llevaban eran compactos, pero su pequeño volumen no les impedía ser de extraordinaria potencia. Para incrementarla iban equipados con sendas antenas flexibles que podían extenderse hasta cerca de dos metros de longitud.

Marty se limitó a doblar las antenas hasta darles la forma de un aro.

-Ya está.

Apraksin le miraba, por completo ignorante de lo que hacía. La radio no era precisamente su especialidad. Marty buscó la onda del aparato misterioso y, una vez localizada, dio una lenta vuelta sobre sí mismo, mirando sucesivamente a los cuatro puntos cardinales. En un momento determinado los enigmáticos puntos y rayas sonaron con más fuerza.

-Hemos sido unos idiotas en no pensarlo antes -murmuró, luego de explicarle a Iván la forma de funcionar el radiogoniómetro-. Tú te quedarás aquí, tomando como referencia aquella roca de allá, mientras yo me aparto a alguna distancia. Es posible que al principio tomemos la dirección opuesta, pero a la segunda tentativa acertaremos con seguridad. Cuando yo te haga una seña, echamos a andar los dos en la dirección que nos señalen los aparatos, y al volvernos a encontrar estaremos al lado de la emisora.

La tenían tan cerca de sí que apenas Marty se hubo apartado doscientos metros, su localizador ya señalaba sensiblemente un rumbo distinto. Con un grito y una seña dio orden de avanzar, y diez minutos después se hallaban, decepcionados, junto a la emisora.

Iván, totalmente desconocedor de la técnica de la radio, miraba aquel conjunto de pilas y cables sin saber lo que significaban.

-Fíjate -dijo Marty-. Es rústico pero efectivo. Este cable atado a la rama de un arbusto oscila con el viento, estableciendo contacto con este otro de vez en cuando; entonces se produce una emisión de ondas, que dura hasta que vuelven a separarse.

-¡Por eso no sacábamos sentido alguno a las señales¡ -comprendió Apraksin.

-Exacto. Ahora falta saber si...

-¡Vaya, hombre! Veo que les interesa mi juguete, amigos.

Tan absortos habían estado los dos compañeros, que no se percataron de la aproximación de un hombre por entre el grupo de árboles que había cerca de ellos. Ahora alzaron la vista para observar al recién llegado.

Era un teniente de las Fuerzas Espaciales Norteamericanas, naturalmente dependiente de la ONU como ellos mismos.

-¿Es usted el autor de este cachivache? -preguntó Marty.

-En efecto, amigo -repuso Johnny Rogers, pues de él se trataba-. Les oí llamando desde arriba y pensé que no estaría mal contestar. Es una norma elemental de educación.

-Comprendo -sonrió su interlocutor-. Pero podía haberse hecho más inteligible. ¿O no conoce el morse?

-No era necesario, como ven -sin dejar de sonreir, Rogers extrajo una pistola de feo aspecto y modelo desconocido totalmente para los otros dos. Mientras apuntaba a un lugar entre ambos a fin de tenerlos cubiertos a un tiempo, siguió-: ¿Saben qué es esto?

-Una pistola, supongo -repuso Iván, algo pálido al igual que su compañero, pero sin llegar a asustarse de verdad. Tal vez lo único que quería el desconocido era enseñarles el arma.

-Exacto. Una pistola; y sus efectos, como saben bien, son muy notables. Mucho más que los de una simple arma de fuego. Voy a probarla en ustedes.

-¿Qué le hemos hecho nosotros? -inquirió Marty-. Venimos aquí en su ayuda, creyendo que la necesitaba... y nos recibe así.

-Casi me están convenciendo. Ahora, quítense la ropa.

Seguros que se las habían con un loco, obedecieron. Rogers, una vez los hubo examinado a conciencia, arrojó la pistola a un lado.

-Ahora la última parte. ¡Os voy a matar con las manos desnudas!

Y arremetió contra Iván, que era el más próximo. Pero el control de la situación se le había ido al quedar desarmado, y los dos amigos la emprendieron con él, dándole una soberana paliza antes de que alzara los brazos en señal de rendición.

-¡De acuerdo! Ya tengo bastante.

No muy seguros de que no volviera a acometerles, Marty e Iván se apartaron. El primero preguntó:

-¿Se puede saber ya a qué vienen todas estas excentricidades, teniente?

-Simple precaución. Los voidanios no me inspiran la menor confianza. Y son astutos, aunque a veces parezcan tontos. Pero su principal característica es la cobardía,

-¿Y quién diablos son esos *voidanios* de que habla?

-Los que han dejado la Tierra tal como la han visto ustedes. Ahora estoy convencido de que se han marchado definitivamente... porque ya no queda aquí nada que les interese... o eso creen ellos.

-No le entiendo. Y aún no ha explicado lo que significa su comportamiento para con nosotros -Marty no gustaba de enigmas.

-Precauciones elementales: Primero: Los voidanios son casi idénticos a nosotros en aspecto físico; la diferencia es tan sutil que, sin un buen examen a fondo, pasa desapercibida. Para eso les hice desnudarse.

-¿Y la pistola? ¿Qué necesidad había de que nos enzarzáramos a palos?

-Porque los fulanos esos son tan cobardes que la simple idea de la violencia física... sobre sus cuerpos, naturalmente, los pone enfermos. Ustedes me han puesto enfermo a mí -terminó sonriente.

A Iván comenzaba a caerle simpático aquel teniente que se comportaba en forma tan extraña.

-Comprobado que no somos esos voidanios de que habla -dijo-. ¿Puede explicarnos quiénes son *ellos*?

Rogers lo hizo así, narrándoles lo ocurrido hasta el momento en que se hizo dueño de la astronave.

-Naturalmente liberé en el acto a mis compañeros. No estaban solos, pues el amigo *Abe*, como le sigo llamando, ya había cargado en un par de sitios más. El comandante Slevogt, jefe accidental de la base de Woomera, y militar de más alta graduación, se hizo cargo del mando. En total somos alrededor de novecientas personas.

-¿Y dónde están ahora? -Marty paseó la mirada en derredor, como si esperara verse rodeado de una multitud de terrestres desarrapados, pidiendo pan.

-Cerca de aquí -sonrió Rogers-. Al captar la llamada de ustedes pensé que tal vez fuera una celada. No me cabe en la cabeza que no se hayan percatado esos tipos de que han perdido una nave con su tripulación. Sugerí al comandante que lo mejor sería que saliera yo solo. Preparé el tinglado... y aquí me tienen. De haber resultado una trampa me habrían cogido a mí solo. ¿Y su nave?

-En Agaña, cerca de aquí... relativamente. ¿Dónde está la de ustedes?

-Ahí dentro -señaló al inmenso mar-. Nos ocultamos en lo más profundo de la llamada *fosa de las Marianas*, suponiendo que once mil

metros de agua encima nos camuflarían lo bastante. ¿Se vienen a bordo? Porque supongo que nuestra nave es mejor, en todos los conceptos, que la de ustedes. Deben tener una pequeña, ¿no?

-Mediana. Se trata del yate de dotación de la base de Thule; ya sabe... la más alejada del Sol, cerca de la órbita de Júpiter. Nosotros pertenecemos a la plantilla de Thule.

Rogers quedó ligeramente sorprendido.

-¿De un asteroide? ¿Cómo lograron escapar?

-Simplemente, nadie nos atacó. Salimos de allí al cesar los parásitos que interferían las ondas de radio y comprobar que nadie contestaba a nuestras llamadas.

-Es raro -murmuró Rogers, pensativo. Animándose de súbito, prosiguió con lo que había estado diciendo-. Nuestra nave es un poco mayor. Medirá alrededor de tres kilómetros de diámetro y es capaz de saltar de una estrella a otra como nosotros lo hacemos entre las islas de la Tierra.

Ocultando su asombro, Marty comunicó al coronel Hawke las noticias.

-El teniente Rogers cree conveniente que le acompañemos hasta su nave, señor. Luego nos dirigiremos con ella a Agaña para recogerles a ustedes. ¿Le parece bien?

-Relativamente, sólo -fue la respuesta. Hawke era incapaz de aceptar plenamente una idea que no fuera hija legítima suya... y de nadie más-. Dejaremos una pequeña dotación en el yate.

* * *

Naturalmente, dado el carácter del coronel William Hawke, tardó en asumir el mando del *Cinco Llagas* (nombre con que le bautizara Rogers, como conquistador, en recuerdo de aquella otra nave capturada por el personaje central de la famosa novela de Sabatini) el tiempo necesario para subir a bordo.

Y su primera orden fue:

-¡Rumbo a Thule!

La segunda:

-¡Traedme al voidanio... el jefe de ellos!

Cualquiera hubiese creído que pensaba comérselo, por el tono en que lo pidió. Nadie supo jamás lo ocurrido entre ambos durante la hora larga que duró la entrevista que mantuvieron a solas, pero la escena que presenciaron los dos ordenanzas al acudir al llamado del coronel hacía pensar que, salvo deglutirlo, Hawke había realizado con el pobre *Abe* todas las operaciones necesarias para darse un festín con él.

*Abe* estaba total y absolutamente muerto. Destrozado a golpes, materialmente triturado, su cuerpo era una masa sanguinolenta irreconocible, sobre el cual una autopsia hubiera proporcionado un informe

más breve al decir que sólo un pie aparecía incólume, que narrando el total de las lesiones inflingidas al desgraciado.

Hawke, cubierto de sangre de su víctima de pies a cabeza, aparecía como un loco. Su explicación fue:

-Se ha negado a colaborar, diciéndonos qué ha sido de nuestros compatriotas ni a dónde los han llevado.

Flagrante mentira, que nadie se atrevió a contradecir. *Abe* había dicho todo cuanto sabía... incluso muchas más cosas que ni siquiera le preguntaron. La congénita cobardía de los voidanios los convertía en unos prisioneros enormemente sencillos de manejar. El comandante Slevogt poseía un informe completísimo con toda clase de datos.

Pero Hawke aún lo ignoraba y no halló inconveniente en explicar de esta forma la salvaje carnicería.

En Thule se detuvieron el tiempo preciso para embarcar a todo el personal del destacamento. Nadie había pensado en quedarse en la Tierra, puesto que los salvajes voidanios no se contentaron simplemente con raptar a sus miles de millones de habitantes, sino que, además de destruir toda obra humana que se les puso a tiro, habían sembrado la atmósfera de peligrosas radiaciones con sus naves inapropiadas para el vuelo en las proximidades de los planetas. Tal vez no quedara destruida por completo la vida, pero indudablemente era muy arriesgado permanecer allí.

Para entonces ya había llegado a poder de Hawke el informe completo recopilado por Slevogt. Comentándolo con su estado mayor, compuesto por el propio comandante y los capitanes Jolliet y Muzzey, este último también de Woomera, el coronel llegó a una decisión reflejada en la siguiente frase:

-Hemos de rescatar a nuestros compatriotas y, al mismo tiempo, hacer un buen escarmiento entre los voidanios. Para ello hemos de seguirles, aunque sea al otro extremo del Universo.

# CAPÍTULO V

-¡Está completamente loco! ¡Loco de atar! -decía el comandante Slevogt, comentando con sus oficiales el resultado de la reunión, cuyo término fue la descabellada orden de perseguir a los voidanios-. ¿Cómo quiere este hombre lograr lo que se propone? Sabemos que la flota invasora de la Tierra no pudo ser inferior a treinta mil naves, suponiendo que en cada una de ellas pensaran alojar a cien mil terrestres. ¡Y nosotros tenemos sólo una!

-Sin tener en cuenta, señor, que un imperio que posiblemente se extiende a cientos de planetas, como el de Voidán, no dedicaría sino una mínima parte de sus fuerzas a una operación de simple *rodeo* como la que han llevado a cabo con nosotros -apuntó Rogers.

-¡Exacto, teniente! -aprobó Slevogt-. Eso nos deja en la imposible situación de que, aun suponiendo que lográramos liberar hasta el último habitante de la Tierra, proporcionando una nave como ésta a cada uno de ellos, tal vez no llegáramos a igualarles en número.

Hugh Laski y Reginald Petrie se pusieron en pie simultáneamente.

-¿A dónde van ustedes? -inquirió el capitán Muzzey, con curiosidad.

-A dar una vuelta, señor -repuso Laski, sin ocultar una ligera nota despectiva en su voz-. Una de las cosas que aprendimos en la Academia fue respetar las decisiones de nuestros superiores, sin comentario alguno. Con todo respeto, mi compañero y yo nos vemos obligados a dejarles, puesto que la conversación ha pasado de los simples comentarios a una casi abierta rebelión.

-La abierta va a ser tu cabeza, Hugh, como dejéis escapar ni una sola mirada relativa a lo que se ha dicho aquí -aseguró Rogers-. Porque, supongo, vuestra intención es irle a *Traganiños* con el cuento, ¿no? Al menos eso os enseñaron en la Academia... -terminó zumbonamente.

Slevogt y Müzzey habían palidecido, echándose ligeramente atrás en sus asientos.

-¿Pretendes coaccionarnos para que nos callemos? -inquirió Petrie, retador.

-Nada de eso, Reggie... -sonrió Rogers-. Podéis hacer lo que os venga en gana... ¡Animaos, muchachos! Pero, ¿en qué situación quedará el *Cinco Llagas* si desaparecen casi la mitad de sus oficiales astrogadores? Cualquier incremento en nuestra formidable flota quedará sin tripulantes...

Sin responder palabra, los otros dos dieron media vuelta, saliendo del local que habían habilitado para salón de esparcimiento.

El comandante y el capitán se volvieron hacia Rogers.

-¿Cree que le dirán algo a Hawke? -preguntó el primero.

-Estimo que no, señor. Ya sé que mi argumentación para disuadirles no

tenía pies ni cabeza, pero me conocen lo bastante para saber que siempre suelo reservarme algunos triunfos... de los cuales les he enseñado uno.

-¿Cuál? -quiso saber el capitán.

-El de las cabezas rotas -y ya no quiso explicar más.

Se hizo entre ellos un largo silencio, mientras los dos oficiales de superior graduación reflexionaban sobre la espada de Damocles que tenían sobre sus cabezas. Finalmente parecieron llegar a la conclusión de que lo que hubiera de ser, sería.

-Supongo que ahora estamos en confianza... -titubeó Slevogt.

-Sabes que sí, *cabeza cuadrada* -repuso Muzzey. Privadamente se tuteaban a causa de los muchos años que llevaban juntos. El capitán parecía decidido a que Rogers penetrara en su pequeño círculo por la puerta principal.

Slevogt sonrió.

-De acuerdo, pues... -volviéndose hacia Rogers completó la idea del capitán-. No son tantos los años que te llevamos, Rogers. Y, fuera de las horas de servicio, no veo por qué no hemos de ser amigos... Al principio te acogimos con algo de desconfianza, a consecuencia de las notas de tu expediente, pero ahora ya sabemos cuál es tu verdadero carácter. Lo que hiciste para capturar la nave, y tu comportamiento de hace unos instantes, basta para mí.

-Y para mí -ratificó Muzzey.

Solemnemente se estrecharon las manos.

-Gracias, muchachos -Rogers aceptaba cualquier situación, adaptándose en el acto a ella como si fuera cosa de toda la vida-. Os autorizo para que me llaméis Johnny... Es que no tengo apodo -confesó, como avergonzado.

-En cuanto a esos dos... -insinuó Slevogt, no muy tranquilo.

-¡Déjales de mi cuenta, Pete! No te acuerdes más de ellos. ¿Qué ibas a decir antes?

-¿Eh? -Peter Slevogt alzó una ceja, sorprendido-. ¡Ah, sí! Se trata de los proyectos que pueda tener -mirada alrededor- *Traganiños* para cuando llegue la hora de actuar.

-¡Allá se las componga! -Johnny se encogió de hombros-. Es él el cocinero, ¿no? Pues que haga el guisado a su gusto, y si no nos apetece, pues...

-Nos quedamos sin comer, ¿no?

-Exacto. O nos vamos al *snack-bar* de la esquina -terminó Rogers humorísticamente. Sin embargo los otros entendieron a la perfección lo que quería significar.

Johnny sacó un paquete de cigarrillos, tendiéndolo hacia los otros; Slevogt y Muzzey vacilaron ligeramente, mirándole con sospecha. Rogers siguió hablando como si no se percatara.

-Lo que no me acaba de entrar en la cabeza es la organización social tan rara que tienen los voidanios... ¿Qué os pasa?

Muzzey señaló el tabaco.

-¿De dónde lo has sacado? ¿Del almacén, cuando nadie miraba?

-Mira, Alee -le reprendió el acusado-. De mí podréis decir lo que se os ocurra, y aceptaré que es cierto. Menos eso que acabas de insinuar. Cuando hay algo sujeto a racionamiento, lo observo a rajatabla: este paquete contiene mi tabaco de cuatro días, por si os sabe mal.

-Perdona -repuso el otro, un poco avergonzado-. Había creído...

-Pues, como iba diciendo -le interrumpió Johnny, como si no hubiera pasado nada-: Estoy de acuerdo en que en la Tierra hemos conocido matriarcados con cierta abundancia, y más o menos completos. Pero esa división en estamentos sociales, según el sexo...

-Se dice que las amazonas de la antigüedad clásica tenían a los hombres poco menos que como esclavos... -apuntó Slevogt.

-Como en este caso. Pero fíjate: Las mujeres en Voidán ocupan todos los cargos, desde la suprema magistratura hasta el último soldado, pasando por todo lo demás que se os ocurra... ¡Pero son los hombres quienes, empujados por el terror, han de pechar con los peores trabajos! Recogida de esclavos, supervisión de los trabajos de éstos, servidumbre de las damas... En fin, todo menos jugarse el pellejo: de eso son casi físicamente incapaces, ¡y todo por causa del miedo abyecto en que los tienen sumidos las mujeres!

* * *

Seis meses. Seis largos meses en los que el *Cinco Llagas* se había ido internando en las profundidades galácticas, pareciendo avanzar apenas pese a ser su velocidad centenares de veces la de la luz. El panorama estelar apenas había cambiado de un día para otro; sin embargo llevaban recorridos un millar de años-luz y ya quedaban muy atrás las familiares constelaciones por ellos conocidas. Pero, en relación al tamaño total de la galaxia, casi podía decirse que no se habían movido del sitio.

El coronel Hawke podía estar loco, pero nadie se hubiera atrevido a decir con razón que ignoraba lo que le convenía. A bordo del *Cinco Llagas* se establecieron turnos de guardia a fin de que todo el mundo aprendiera en lo posible el manejo de la astronave y, lo que aún era más importante, la navegación por el espacio; también fueron montadas clases de voidanio, a cargo de los cuatro prisioneros que les restaban: aprender el idioma del enemigo era una elemental precaución que Hawke no podía descuidar.

Rogers, apoyado por sus amigos Slevogt y Muzzey, y con el prestigio de su hazaña inicial, gozaba de cierta autoridad efectiva, aunque no nominal, desde luego, sobre sus compañeros de promoción Laski y Petrie.

Aquello, unido a que era uno de los cinco astrogadores verdaderamente capaces de a bordo, le llevó a ser nombrado oficial de guardia, turnándose con los demás como jefe supremo de la nave. Y lo chocante del caso era que Hawke, un completo ignorante en tales cuestiones, no tenía guardia alguna. El coronel era un simple jefe de destacamento, y la navegación espacial era tabú para él.

En total, que Laski y Petrie trinaban en contra del cabeza loca de Johnny Rogers... y los otros dos miembros de su camarilla. Pero Hawke aún no sabía por ellos lo de los famosos comentarios: era mucho el respeto que les inspiraban los puños de su amigo que, pese a todo, seguía siéndolo.

* * *

-¡Hola, Bernard! Buenas *noches* -John Rogers, recalcó la palabra, precisamente por la ausencia de noche o día en pleno espacio interestelar-. ¿Hay novedades?

-Ninguna, hijo -respondió el francés, consultando el reloj-. Vienes muy pronto, hoy. ¿Te aburrías?

-No... -sonrió el americano-. Le acabo de ganar a Igrosky la partida más ridicula de toda mi vida. Quiere tomarse la revancha contigo.

-Espero que la apertura esa que me enseñaste el otro día me servirá para algo -desconfió Jolliet-. De lo contrario estoy perdido.

-Al subir la torre vigila la posición de su dama -aconsejó Rogers-. Si no la tiene situada por casualidad cerca del flanco, puedes tener la seguridad de ganarle la ventaja. Te será fácil desarbolarle la cobertura del rey.

-De acuerdo... Hasta luego..

Jolliet salió. Rogers dio un vistazo alrededor de la cámara de mandos para identificar al personal presente.

-¡Iván! -el ruso alzó la cabeza, sonriéndole. Los demás también le miraron. Todos personal conocido: Reginald Petrie, María Goldoni y otros dos individuos de Woomera. En realidad sobraban más de la mitad, pero en algo había que ocuparles...

-¿Llamaba, teniente? -preguntó Iyán luego de una leve demora para comprobar ciertos cálculos que estaba realizando.

-Sí, desde luego. ¿Qué haces aquí? Esta no es tu guardia.

-Bueno... -se azaró el muchacho-. Verá: Marty tenía ciertas cosas que hacer, y...

-...y le has permutado el turno. Me parece bien. Lo que ya no me lo parece tanto es que mientas tan mal -clavó acusadoramente los ojos en la italiana. Se echó a reir-. Conmigo no tienes que emplear esas triquiñuelas, muchacho. ¿O es que confías más en el capitán Jolliet?

-No, pero es que Ber... el capitán es antiguo amigo. Fuera del servicio nos tuteamos incluso, y...

-...y, si no lo haces conmigo, es porque no quieres. ¿Te lo he prohibido, acaso? Precisamente tengo mala fama de permitir confianzas a mis inferiores... en grado, desde luego. Porque en otro aspecto no considero tal a nadie.

Hablaban en voz baja, bajo la desconfiada vigilancia de Petrie, quien había olvidado la observación de los aparatos que tenía a su cargo. Rogers alzó la vista hacia él, pero se encontraba en una zona de semipenumbra y Reggie no se percató de ello. El jefe de la guardia interrumpió en seco lo que le estaba diciendo a Iván.

El ruso entendió mal la expresión de Rogers.

-No te preocupes por él. Mira igual a todo el mundo, como si temiese que hubiera en marcha una conspiración en contra suya.

-¡Reggie!

El aludido se creyó sorprendido en su espionaje, clavando los ojos en su tablero de instrumentos, sin verlo. Al cabo de un par de segundos se volvió.

-¿Llamabas, Johnny?

-Sí. Ven acá.

Desganadamente, obedeció el estirado oficial.

-¿Qué te se ofrece?

Rogers se reclinó en su asiento detrás de la mesa semicircular, midiéndole con la mirada.

-No me has dado las novedades.

-Ya lo ha hecho el capitán Jolliet, ¿no? Es el oficial saliente...

-Se trata de novedades producidas luego de su marcha. Observa el tablero cuya vigilancia tienes encomendada.

El otro se volvió como si le hubiera picado una avispa. Una luz ambarina brillaba a intervalos en la parte superior.

-¡Oh, Dios mío! -Petrie estuvo a punto de caer redondo al suelo-. ¿Qué significa...?

-Significa que tenemos una... -Rogers se interrumpió bruscamente, ordenándole con sequedad-: ¡Vuelve a tu puesto y vigila el gráfico!

Cuando el otro se hubo alejado, más muerto que vivo, Iván le preguntó en voz baja:

-¿Qué ocurre?

-Nave *amiga* a un año-luz.

-¿Amiga? ¿De dónde puede ser?

-Amiga... de los que construyeron el aparato, que es lo mismo que decir enemiga nuestra. Hay que hacer algo.

-¿Aviso al coronel?

-Te mato como lo intentes. Corre en busca de Slevogt, Muzzey y Bernard. Me gustaría que viniera también Igrosky, pero no estoy muy seguro de su reacción. Si Bernard está jugando con él, tráete a los dos.

Aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir, Rogers esperó impaciente la llegada de sus amigos. Petrie se le aproximó.

-Aquí tienes el gráfico.

Johnny no se molestó siquiera en mirarlo. En su mesa tenía un duplicado de todas las indicaciones y lo único que le interesaba era mantener al otro ocupado.

-Gracias.

-¿Puedo salir un momento, Johnny? Tengo necesidad de...

-Espera a que vuelva Iván. No puedo quedarme con dos hombres de menos a un tiempo.

-¡Por favor! ¡No puedo esperar! He resistido cuanto me era posible hasta completarte...

-¡Déjate de monsergas, Reggie! Te hueles algo y tu intención es avisarle a *Traganiños*.

Los otros tres que ocupaban la estancia con ellos se volvieron al oírle. Rogers no se había molestado en bajar la voz.

-¡Pues sí! Sé lo bastante para tener la seguridad de que hay próxima una nave hostil. Mi obligación es...

-...obedecer las órdenes del oficial de guardia... que soy yo.

-¡Traidor! -escupió Petrie-. Voy a comunicarle al coronel...

-Tú no le comunicarás nada -sin moverse de su sitio, Rogers empuñó una pistola voidania de feo aspecto-. Esto te puede convertir en humo como des un paso más hacia esa puerta.

Petrie se detuvo como si le hubieran clavado en el suelo, y sin pronunciar palabra, pálido como un muerto, regresó a su sitio. Rogers se aseguró de que todas las comunicaciones de la cámara de control con el resto de la nave estaban interrumpidas.

Instantes después llegaban los cuatro oficiales astrogadores acompañando a Iván.

-¿Qué ocurre, teniente? -inquirió el comandante Slevogt.

-Novedades, señor -repuso éste, respetuoso como siempre que hablaba con él en público-. Hemos detectado una nave voidania. Parece que se aproxima.

-¡Hay que comunicarlo al coronel! -exclamó inmediatamente el polaco de ojos azules y cabello negro.

-Yo no lo haría, Stan. Por eso os he llamado. El coronel buscará destruirla en un ataque frontal, llevado de su impetuosidad y del odio desorbitado que profesa a los voidanios. Mi opinión es que debemos recurrir a la astucia, y apoderarnos de ella, sin causarle daño a ser posible. Con ello disminuimos nuestras posibilidades de derrota al tiempo que se trata de evitar que den la alarma.

-No sé si...

-¿Cuál es tu plan? -inquirió Muzzey, interrumpiendo a Igrosky.

-¡Eso es una traición! ¡Un motín! -aulló Petrie, amparándose detrás de los cuatro oficiales para evitar la pistola de Rogers. Este se consideró perdido. No podía disparar contra él, y al mismo tiempo Igrosky sacaba otra arma.

Petrie, asegurado de que el polaco estaba de su parte, se adelantó hacia la puerta, ordenando:

-Manténgales a raya, Igrosky. Voy por el coronel.

-Usted no irá a ningún lado, jovencito -replicó Stan-. El consejo de oficiales ha votado por unanimidad adoptar el plan del teniente Rogers.

Su arma se hundió en los ríñones de Petrie, quien, fracasado por segunda vez consecutiva, emprendió el regreso a su puesto. Pero no pudo llegar, porque Iván se le aproximó por detrás y de un fuerte golpe en la nuca le dejó sin sentido.

-¡Bien hecho, Iván! -aplaudió Jolliet-. Así nos quitamos de encima ese moscón.

# CAPÍTULO VI

La *Voidán* captó la presencia del *Cinco Llagas* al mismo tiempo que los aparatos de éste la suya.

Pero a bordo de la *Voidán* no iban voidanios... es decir, voidanios del género masculino. Porque su tripulación de mujeres era completa: un centenar de damas-guerrero, cada una de las cuales hubiera proporcionado a la misma Venus motivos de envidia, pero implacables y crueles como la diosa clásica... y carente de la cobardía de ésta cuando le iban mal dadas las cosas. Este defecto lo dejaban para sus despreciados hombres.

En resumen: la *Voidán* era una verdadera nave de guerra... y de lo mejor salido de los astilleros del Imperio.

Su tripulación estaba intrigada.

-No contestan a nuestras señales, Hanny.

-¿Habéis identificado la nave?

-Sí, aunque no con exactitud. Se trata de un transporte semiarmado de la serie SZ.

-¿Y dices que no da señales de vida, Mayren?

-Yo no diría tanto. La termocupla indica que sus motores funcionan al rendimiento mínimo. Pero no emite señales de ninguna especie, y ni siquiera tiene activados los detectores, pese a que al principio creí lo contrario.

-Sería algún reflejo de nuestras propias ondas -supuso Hanny pensativamente-. Acudamos a ver qué le ocurre.

Llegaron al mismo costado del *Cinco Llagas* sin que desde éste partiera señal alguna de vida, salvo el débilísimo latir de sus generadores atómicos. Naturalmente la tripulación del *Voidán* no tenía medio de saber lo que ocurría en su interior.

-Habrá que abordarla.

-¿Podremos? -inquirió Mayren.

-La única forma de impedirnos el acceso es accionando el cierre por medio de los controles, lo cual sería señal de que está tripulada por alguien que se niega a aceptar nuestras órdenes. Levantad las pantallas protectoras, por si acaso. Poco daño pueden hacernos con sus escasas y poco potentes armas, pero es mejor prevenirnos hasta de eso. En el supuesto de que no podamos abordarla, la destruiremos.

No hallaron dificultad alguna en poner en contacto uno de los tubos de lanzamiento de naves auxiliares del *Voidán* con otro de los del *Cinco Llagas*. El cierre tampoco opuso resistencia, y una tropa de cincuenta amazonas, perfectamente equipadas para el combate, se distribuyó por la al parecer desierta nave.

Hanny, siguiendo la tradición de su pueblo, que exigía que el jefe

acudiera el primero al peligro... o al lugar de mando, se encaminó, seguida de tres de sus soldados, a la cámara de control.

Para su profunda sorpresa se encontró con un hombre detrás de la mesa semicircular, el cual la contemplaba sonriente, sin realizar el menor esfuerzo por levantarse con el respeto que merecía la diferencia de sexo y, por consiguiente, de casta.

-Saludos, hermana -dijo Rogers con su voidanio de infernal acento, aunque perfectamente inteligible.

-¡Levántate, inmundo! -gritó la mujer, echando mano a su pistola.

-Yo no lo haría, preciosidad -como si sus palabras hubieran tenido poder sobre los músculos de Hanny, la muchacha se encontró con que su voluntad no bastaba para completar el movimiento-. Observarás que estás en mis manos.

-¿Qué has hecho conmigo?

-¡Oh, apenas nada! -sonrió el terrestre-. En estos momentos mis hombres están desarmando a toda tu tropa, incluida la tripulación que ha quedado en la nave en que vinisteis. Se trata de una simple adaptación de vuestro rayo paralizador, ligeramente modificado para que no lo afecten los deflectores que lleváis. Nosotros, en cambio, estamos bien protegidos.

-¿Es una rebelión? -inquirió Hanny, atónita. No cabía en su cerebro la idea de que los hombres pretendieran sacudirse el yugo femenino.

-¡Nada de eso! -aseguró Rogers, sin apear la sonrisa-. Es, simplemente, la guerra. Las horas del Imperio de Voidán están contadas. ¡Desármalas, Iván!

El ruso obedeció, sonriente. Hanny tardó unos segundos en recuperar el habla.

-¿Quieres... quieres decir que no sois voidanios?

-Exactamente. Nos habéis atacado sin provocación alguna por nuestra parte, puesto que ignorábamos hasta que existierais en el Universo. La Tierra se limita a defenderse.

El comandante Slevogt, que había aceptado gustosamente la jefatura de Rogers para la operación, puesto que suya era la idea, asomó por la puerta.

-Ya está completada la operación, Johnny. Puedes desconectar el rayo dentro del *Cinco Llagas*. Muzzey e Igrosky están terminando al otro lado.

-De acuerdo, Pete -Rogers accionó un resorte que antes conectara con la rodilla, y las muchachas se encontraron libres-. Quédate, si no tienes nada que hacer por ahí. ¿Y *Traganiños*?

-Sin enterarse aún. Duerme como un bendito.

-Está bien -Rogers se volvió hacia Hanny-. ¿Supongo que eres el jefe de la nave que nos ha abordado? Porque veo que luces insignias de mariscal de la flota voidania... ¡Un mariscal muy bonito, por cierto!

Se había ido aproximando a Hanny mientras hablaba, y al estar a tiro, la

muchacha le soltó una sonora bofetada. Rogers salió trompicado, evitando la mesa que cayera al suelo.

-¡Apártate, insensato! ¡Esa falta de respeto para conmigo te costará la vida!

-¡Diablos! -Rogers se tocó la parte dolorida-. ¡Pegas como un boxeador, muchacha!

Hizo ademán de avanzar otra vez hacia ella, y las tres que oficiaban de escolta se interpusieron amenazadoramente en su camino.

-¡Dejadle que se acerque! -ordenó el mariscal femenino-. ¡Le mataré con mis manos!

Rogers rió y, descuidadamente en apariencia, permitió que Hanny volviera a golpearle... o lo intentara al menos. Pero cuando el puño, esta vez cerrado, llegó al lugar donde pensaba hallar su mandíbula, Johnny estaba unos centímetros más allá.

-Creo que lo mejor será que te convenzas de una vez que no eres sino un prisionero de guerra, nena.

Mientras hablaba, Rogers había atenazado la muñeca de Hanny, y retorciéndosela sin demasiada delicadeza a la espalda, abrazó a la muchacha con la mano libre, impidiéndole todo movimiento.

Ella se debatió ferozmente, tratando incluso de morderle, pero Rogers parecía adivinar sus intenciones y esquivaba, atenazándola más y más, oprimiéndola entre sus brazos hasta impedirle respirar. Excitado por la lucha, perdió un poco la cabeza y, cuando Hanny ya apenas ofrecía resistencia, inclinó sus labios sobre los de ella, besándola con furia.

Aquella acción debía ser algo desconocido en Voidán, porque ella quedó, primero sorprendida, luego indignada y, finalmente, quizá agotadas sus fuerzas en la desigual pelea, soportó con pasividad la caricia. Incluso Rogers tuvo la impresión de que Hanny se esforzaba en no devolverla...

Pero seguramente, aquello eran figuraciones suyas.

-Creo que estás abusando un poco, Johnny -apuntó Slevogt, tímidamente.

Rogers soltó a la muchacha, que respiraba agitadamente, con el rostro arrebolado.

-Perdona, Pete. He perdido algo el control, pero creo que ha sido beneficioso.

Desde luego hablaban en inglés para que las amazonas no entendieran lo que decía.

Igrosky irrumpió excitado en la cámara.

-¡Ya está, Johnny, ya está! ¡Es maravilloso, muchacho! ¡En mi vida hubiera creído posible que una sola nave albergara tal cúmulo de ciencia en su interior!

-¿Te has hecho cargo de todo?

-Por completo. Ya puedes avisar a *Traganiños*.

-De acuerdo -Rogers regresó junto a la mesa, conectando la comunicación directa con la cámara del comandante de la nave.

Hawke respondió en el acto.

-Oficial de guardia, señor -anunció Rogers con el tono impersonal más perfecto que le fue posible conseguir-. Hay novedades de importancia, que estimo se salen de lo común, coronel.

-¿No puede comunicármelas?

-Creo más oportuno que lo vea usted mismo, señor.

-¡Maldita sea! ¿No puede siquiera darme una idea...?

-Lo siento, señor. Mis deberes me impiden distraerme en conversaciones largas.

Y cortó el contacto, riendo.

-Vendrá echando chispas -vaticinó Slevogt.

Diez segundos después se presentaba Hawke. Viendo cuatro mujeres reunidas con sus oficiales, su primera idea fue que los sorprendía en plena juerga, sin pensar que le habían llamado.

-¿Qué significa esto? ¿Quiénes son estas mujeres?

-Prisioneros de guerra, señor -informó Slevogt, cuadrándose militarmente como los demás-. Hemos capturado una nave voidania.

Hawke se quedó como quien ve visiones. No acababa de creer lo que había oído.

-¿Que han...? ¿Prisioneros de...? -no sabía qué decir primero. Finalmente estalló-: ¿Y me informan, *ahora*?

-No ha habido tiempo, señor -excusó el comandante-. Por fortuna el teniente Rogers es hombre de reflejos rápidos, combinados con una gran inteligencia. Casi puede decirse que lo ha hecho él solo.

-Bien -Hawke estaba demasiado satisfecho para meterse en minucias-. Reciba mi más cordial felicitación, teniente: es usted el oficial más capaz de todo nuestro ejército, y gracias íntegramente a usted poseemos ya dos naves que ha capturado en persona. Estimo que su gran contribución a nuestra causa no debe quedar sin premio.

Paseó la mirada en derredor, como esperando que alguien elevara la más mínima protesta para fulminarlo.

-Veo que está reunido aquí todo el Estado Mayor: los cinco oficiales astrogadores, y yo. Cierre la puerta, Apraksin. Vamos a celebrar consejo.

Los oficiales se miraron extrañados, mientras Iván obedecía. Cuando hubo hecho lo que se le ordenaba, el coronel prosiguió:

-Hágase cargo de los prisioneros. Como tal vez nos interese interrogarles inmediatamente, reténgalos aquí mismo -el ruso, sin pronunciar palabra, empuñó una pistola, haciendo seña con ella a las cuatro muchachas para que se retirasen un poco. Las pobres estaban tan abatidas

luego de la humillación infligida a su mariscal, que ni pensaron en resistirse-. Siéntense, caballeros. Usted, como oficial de guardia, en su lugar correspondiente, Rogers. ¿Un cigarrillo?

Aquella amabilidad comenzaba a escamarles a todos. Se trataba de una serie de detalles inusitados, que no tenían costumbre de observar en Hawke. Sin pronunciar palabra obedecieron y el paquete de tabaco pasó de mano en mano.

-Perfecto -prosiguió el coronel, una vez todos acomodados-. Ahora vamos a lo positivo: disponemos de dos naves, ¿no es así?

-En efecto, señor -asintió Slevogt como portavoz de los otros.

-Una observación, señores -advirtió Hawke-. El comandante Slevogt hablará, según costumbre, en nombre de los demás, salvo cuando alguien tenga ideas propias que exponer. No obstante, como he observado que no suele ocurrir tal cosa en nuestras reuniones, les advierto que todo cuanto se hable aquí quedará entre nosotros, y olvidado si es necesario. Quiero absoluta franqueza... y estoy dispuesto a tolerar incluso fuertes censuras a mí mismo. ¿De acuerdo? Como les digo, deseo saber exactamente su opinión sin reservas. Vamos a tratar asuntos graves y serios.

»Lo primero, siguiendo en lo que decía, es elegir un comandante para la nueva unidad de nuestra flota. Lo lógico sería ascender a coronel al comandante Slevogt, pero deseo que sean ustedes quienes digan la última palabra. Nuestro ejército es, por ahora, un poco *sui generis* y, como tal, los procedimientos lo han de ser también hasta que cambien las circunstancias. Hable usted, comandante Slevogt. ¿Quién es su candidato?

-El teniente Rogers -repuso aquél sin vacilar.

-¿Usted, capitán Jolliet? -siguió Hawke, sin sorprenderse en lo más mínimo.

-Rogers.

-¿Muzzey?

-John Rogers.

-No es necesario seguir preguntando, puesto que ni mi voto ni el del *coronel* Rogers tendrían valor. Ya hay mayoría. Coronel Rogers, queda usted ascendido y es el comandante de la nueva nave. ¿Qué nombre piensa ponerle?

-*Arabella*, señor -sonrió el aludido que, por primera vez en su vida, no sabía dónde meterse. Le hubiera resultado imposible ponerse en pie aunque en ello le fuese la existencia.

-¿Sigue usted sacando nombres de *El Capitán Blood*? Tengo curiosidad por saber cómo bautizará a la próxima que capture.

-*Encarnación*, por ejemplo... o tal vez *La Foudre*. Siempre me ha sido simpático el tipo de capitán Levasseur, pese a su felonía -replicó, sonriendo, el joven y flamante coronel.

-Un poco rebuscado, tal vez -observó Hawke, también sonriente-. Pero, ¿qué somos nosotros, al fin, para el imperio de Voidán sino unos piratas? Bien, vamos a otro asunto. Naturalmente yo sigo siendo jefe de nuestra pequeña flota. Supongo que no habrá inconveniente en...

Vaciló.

-Por mí, aprobado, señor -acudió instantáneamente en su auxilio Slevogt-. ¿Qué opina usted, coronel Rogers?

-Tendré sumo gusto en saludar al general Hawke.

-Gracias, señores -Hawke inclinó la cabeza-. Voy a terminar con el resto de mis propuestas: Coronel Slevogt, tenientes coroneles Jolliet, Igrosky y Muzzey, y... un grado de ascenso para el resto de la oficialidad.

No hubo oposición alguna.

-Segundo asunto: para la *Arabella* tenemos únicamente el comandante. Es indudable que habrá que distribuir entre los dos la dotación actual del *Cinco Llagas*, lo cual nos crea un no pequeño problema...

-Yo creo tener la solución, señor -interpuso respetuosamente Rogers.

-¿Cuál?

-Un intercambio de prisioneros. La *Arabella* llevaba una dotación de personajes de calidad. Aquí, la joven por ejemplo -señaló hacia Hanny- es almirante de la flota. Creo que los voidanios accederán a entregarnos... por ejemplo, un centenar de buenos oficiales, naturalmente con sus familias, a cambio.

-¿Y cómo sabemos que no nos engañan, prometiendo eso y dándonos luego un puñado de ignorantes que no sirvan para nada?

-Intercambio paulatino, señor, en grupos de a diez. Incluso creo que entre todos nosotros podemos reunir los suficientes nombres de oficiales conocidos.

-Tiene usted respuestas para todo, coronel. Queda encargado de realizar las gestiones. Escoja una tripulación provisional, y traslade los prisioneros a su nave.

-Así se hará, general.

# CAPÍTULO VII

El problema principal con que se enfrentó Rogers fue el de escoger sus oficiales. Todo el mundo quería ir con él, aunque no fuera más que por perder de vista a *Traganiños*. Por fin se llegó a un acuerdo provisional a base de trasladar de momento a Muzzey y Jolliet, con la promesa de reclamar luego a Slevogt e Igrosky. Iván Apraksin, Marty y María Goldoni pasaron a formar parte de la tripulación del *Arabella*.

-Ya le buscaremos tipos al general que le tomen bien la medida - prometieron solemnemente los que habían de elegir nombres de prisioneros a intercambiar.

La rabieta de Hawke no es para describirla cuando tuvo ocasión de dar un vistazo al *Arabella*. Seguro que, de encontrar un procedimiento para asesinar a Rogers y los demás, lo hubiera empleado gustoso. La comparación en cuanto a medios de combate era igual a la de una lancha torpedera con respecto a una combinación acorazado-portaaviones. Y en cuanto a facilidad de maniobra, podía decirse lo mismo, pero a la la inversa.

Sin embargo ya estaba hecho, y tuvo que pechar con las consecuencias. Rogers le solventó la papeleta en forma magistral.

-Pediremos la *Encarnación* como añadidura, señor. Así el *Cinco Llagas* nos servirá de transporte.

Hawke le hubiera besado de alegría.

Tardaron unos días en establecer contacto con Voidán para enterarse previamente del manejo del *Arabella*. Una vez acoplada la tripulación, Rogers fue en busca de Hanny.

-Almirante: hemos decidido daros la libertad...

-¡Es lo mejor que podéis hacer! -gritó la muchacha-. ¡Voidán no se deja humillar como vosotros pretendéis!

-...pero con ciertas condiciones -terminó Rogers como si no la hubiera oído.

-¿Condiciones? ¿Cuáles?

Rogers le expuso sus deseos.

Ella se dio a todos los diablos, jurando y perjurando que de ninguna manera se avenía a semejante transacción en la que el orgullo de Voidán quedaba por los suelos. Unos desarrapados bárbaros e ignorantes, y además *hombres*, no podían aspirar a tratar con su poderoso Imperio de igual a igual.

-Mira, muchacha -expuso Rogers cuando ella se hubo quedado sin aliento-. Vamos a lo positivo: ¿Te gusta la cautividad?

-No -reconoció Hanny.

-A mi gente, tampoco. Nosotros no os hemos causado daño alguno.

Vivíamos en paz y habéis venido a secuestrarnos. Vuestro imperio no nos importa un comino, y creo que podríamos vivir sin roces entre nosotros, porque el Universo es grande. ¿Para qué queréis esclavos?

-Para que trabajen, naturalmente. ¿Acaso no son imprescindibles?

-¡No! -la negativa era tajante y definitiva.

Hanny, por el motivo que fuese, parecía más dispuesta a dejar de lado su soberbia que unos días antes.

-Tal vez en vuestro orden social sea así. Pero ten en cuenta que estabais limitados a un solo sistema solar. En un Imperio galáctico como el mío, las circunstancias son distintas.

-Te equivocas. Nosotros hemos conocido la esclavitud, y te puedo decir que a partir de su abolición es cuando progresamos más rápidamente. Antes éramos poco menos que salvajes incultos... en cuanto a civilización mecánica se refiere...

-Y lo seguís siendo -interpuso ella despectivamente.

-Te equivocas otra vez. En menos de cien años hemos saltado desde el empleo de hombres o animales como casi única fuente de energía, al casi destierro absoluto de ella. En otros ciento saltamos a los planetas de nuestro sistema... Y en veinticinco más hubiéramos igualado a la tecnología de Voidán. ¿Cuántos siglos os fueron necesarios para alcanzar esos logros?

Ella calló.

-Tuvimos también ensayos de matriarcado como el vuestro. Fracasaron, lo mismo que fracasaría una comunidad regida únicamente por hombres. Ahora, para nosotros, el hombre y la mujer son iguales, salvando las naturales diferencias en vigor físico e incompatibilidades del sexo con determinadas tareas. Pero, en el aspecto intelectual, una mujer tiene la misma consideración que un hombre. Y todo ello unido es el impulso que nos hace progresar tan deprisa que casi no logramos adaptarnos a los continuos cambios. Nuestra sociedad es, quizá, demasiado perfecta. Voidán, en cambio, estoy seguro que es igual ahora que hace mil años... y que será dentro de otros mil. Os habéis estancado, y en el Universo nada puede permanecer inmóvil porque la inercia, el Nirvana, es sinónimo de *muerte*...

-¿Quieres decir que estamos condenados a la extinción?

-Tal vez no, en un sentido absoluto. Pero día vendrá en que otra raza inteligente os sobrepuje en poder si seguís así. En la Tierra tenemos incontables ejemplos de ello: Egipto, Roma, Israel, el Imperio Islámico, por no hablar más que de algunos más modernos, se erigieron sobre las ruinas de otros más cultos, más avanzados... para caer bajo las hordas salvajes, o que ellos consideraban como tales, cuando alcanzaron el nivel de aquellos a quienes sustituían. Y todo porque no supieron renovarse, porque se estancaron en la molicie que proporciona el casi infinito poder... ¿Quieres

que Voidán se vea así?

Hanny calló todavía. Desde luego que no lo deseaba y, a pesar suyo, veía que Rogers estaba en lo cierto. Ya se venía observando desde algunos siglos atrás ciertos síntomas de decaimiento en el Imperio, pero que apenas resultaban graves por la carencia de amenazas externas. Y el orden interior era punto menos que perfecto e inamovible.

-Accede al intercambio de prisioneros. Proponlo a tus superiores, Hanny. Luego, cuando regreses, trata de llegar a la paz con nosotros. Tal vez creas que somos poco enemigo: te equivocas en eso. Podrás destruir el pequeño núcleo que quedamos en libertad, pero recuerda una cosa: muchas veces en la Tierra fueron los esclavos quienes derribaron imperios. Dentro de diez, cien o mil años, Voidán caerá en igual forma.

-¿Y qué propondrías tú para evitarlo? -inquirió ella, desconfiadamente-. ¿Que os demos la libertad para que podáis atacarnos ahora con todas vuestras fuerzas? No os temo, pero un esclavo encadenado y sujeto por diez soldados es menos capaz de causar molestias que si está libre: siempre puede matar un soldado antes de que los otros nueve acaben con él.

-Haces bien en desconfiar, pero no es la guerra lo que buscamos. La suerte de Voidán, en cuanto afecta a nosotros, nos es indiferente. Sin embargo, a mí me apena el que yo, o mis descendientes, contemplen el hundimiento de un imperio tan colosal. Uníos a nosotros. Si somos libres y pertenecemos al mismo pueblo, nuestro interés estará en evitar vuestra ruina, que será la nuestra a la vez. Físicamente somos casi idénticos...

-¿Casi? Yo diría que *completamente* -murmuró la muchacha, medio convencida por los abrumadores argumentos de Rogers.

-No... Vuestros hombres se diferencian en algunos detalles de nosotros. Las mujeres de Voidán -terminó diciendo con una sonrisa-, no las he visto lo bastante para estar seguro.

Ella sonrió a su vez, halagada, sin saber por qué exactamente.

-¿Qué diferencias has observado en eilos?

-Ciertas articulaciones de brazos y piernas les sobresalen en forma anormal para nosotros. Nuestros médicos dicen que ello les resta agilidad.

-Es artificial. Las mujeres no somos así, pero a los hombres se les practica una operación poco después de nacer. Es con el objeto de distinguirlos aún más de nosotras... aunque creo que el verdadero motivo es evitar que físicamente puedan superarnos. También en el cerebro se les hace algo... no sé exactamente el qué.

-Eso les convierte en unas bestias cobardes -dijo Rogers-. Luego les tenéis cierto miedo.

-No; al menos actualmente. Pero en la antigüedad quisieron asumir la dirección del Imperio. Como castigo, a la vez que precaución para en adelante, se decretó la transformación física.

Cayeron en un largo silencio, cada cual absorto en lo que acababa de aprender. Casi insensiblemente se habían ido aproximando el uno al otro para mejor escuchar las respectivas palabras, y ahora tenían casi juntas las butacas que ocupaban, hablando en susurros.

-Entonces, ¿qué me dices de la proposición?

Aquella frase rompió el encanto, trayendo a Hanny a la realidad actual. Como asustada, se echó atrás.

-Lo haré, pero por motivos distintos a los que crees, Rogers. Tal vez algún día lo sepas.

* * *

Ya se había realizado el intercambio de prisioneros. El general Hawke contaba con una nave de combate, modernísima como la *Arabella*... y un cuadro completamente nuevo de oficiales. Todos los antiguos prefirieron pasar al *Arabella*, escapando al menos de las órdenes directas de *Traganiños*.

Únicamente permanecían con él, de todos cuantos salieron de la Tierra, Laski y Petrie, meteóricamente ascendidos a comandantes.

Las tres astronaves terrestres se perdieron entre las estrellas, buscando huir de la localización de la flota voidania que, sin duda alguna, andaría loca tras ellas para aniquilarlas. Era mucha la humillación sufrida por parte de un puñado de *hombres*.

Hawke y Rogers mantuvieron una conferencia a bordo de la *Encarnación*. Naturalmente les acompañaban los respectivos estados mayores.

-No podemos seguir indefinidamente huyendo -comenzó Hawke-. Hemos venido a aniquilar a los voidanios, y ese objetivo sólo puede lograrse atacándoles.

-¿Y usted cree, señor -dudó Rogers-, que contamos con fuerzas para hacer nada efectivo?

Hawke le miró airadamente.

-¡Coronel! Temo haber obrado con un poco de precipitación, llevado por la euforia de sus triunfos, al ascenderle, entregándole a la vez el mando de la *Arabella*. Es usted un rebelde por naturaleza, y he sabido cosas que...

-¡Dígalas, general! -le apremió Rogers al ver que se interrumpía.

-Prefiero guardarlas para mí... de momento. Pero guárdese de contravenir órdenes mías o de actuar en contra de ellas en adelante. Puedo hacerle regresar a su antigua graduación... o más abajo.

Con aquellas palabras, Hawke admitía su derrota... y su resentimiento. Todo el mundo sabía que él hubiera sido incapaz de planear la captura de la *Arabella* en la forma que lo hizo Rogers... y el resultado, por lo tanto, habría sido muy distinto. John Rogers contaba con la aprobación unánime

de todos los antiguos y muchos de los modernos. En cambio, las simpatías en favor de Hawke eran prácticamente nulas.

Se miraron a través de la mesa como dos gallos de pelea, durante unos momentos y, finalmente, fue el general quien apartó los ojos.

-Dejemos a un lado nuestras diferencias -cedió-. El objeto de esta reunión es plantear la estrategia para el próximo movimiento.

-¿Tiene algo pensado, señor? -preguntó Slevogt, segundo en mando en la *Arabella*.

-Atacaremos el planeta Ashtane.

Nadie conocía tal nombre. Las miradas de los oficiales lo proclamaban bien a las claras.

-Es un planetoide sin atmósfera, muy apartado del centro de Voidán. Lo más posible es que se halle desguarnecido... mejor dicho, tengo la seguridad de ello porque así me han informado los antiguos tripulantes del *Cinco Llagas* que, como recordarán, siguen en nuestro poder.

-¿Qué ventajas podemos obtener con atacarlo? -inquirió Rogers.

-¿Ventajas? ¡Liberar a un buen núcleo de compatriotas nuestros que se hallan allí trabajando! ¡Trabajando en las minas! ¡Muriendo a miles! Si destruimos las instalaciones, Voidán se verá privado de una de sus principales fuentes de hierro, porque el planetoide es casi de hierro puro. Apenas hay otro elemento en él. Esas son las ventajas.

-Con todo respeto, señor: temo que no podamos hacerlo.

-¡Rogers! -Hawke echaba, literalmente, espumarajos por la boca ante la intromisión-. ¡Soy yo quien da las órdenes aquí, no lo olvide! ¿Le parece imposible? ¿Por qué? ¡Explique la maravillosa idea que le hace pensar que no nos conviene!

-El éxito supondría tener que albergar unos miles, o millones, de personas, general. ¿Dónde? Carecemos de naves.

Hawke se quedó con la boca abierta por el asombro. Aquello no se le había ocurrido, y ahora quedaba en ridículo, descubierta su categoría de estratega de tercera fila, ante su Estado Mayor en pleno.

-¡Allí las hay! -mintió, pues ignoraba en absoluto tal extremo-. ¡Nos apoderaremos de ellas! ¿Cree usted que no iba a pensar yo en semejante dificultad?

Rogers estaba seguro de que era así. Pero prefirió guardar silencio.

La discursión continuó ya en tono más pacífico, ultimando los detalles del ataque.

# CAPÍTULO VIII

Ashtane se encontraba relativamente lejos del lugar ocupado por la flotilla terrestre. Al menos necesitarían quince días para llegar al planetoide.

A la tercera jornada de travesía, Rogers se hallaba departiendo con sus oficiales en el salón de recreo. Bernard Jolliet, Iván Apraksin y Maria Goldoni formaban la guardia.

La conversación, como de costumbre, recayó en la tarea que les aguardaba.

-Yo opino que es una locura -dijo Igrosky, tomando en la mano su rey amenazado, como si quisiera retirarlo del tablero.

-¿Locura? ¿Por qué? ¡Ahí no, Stan! ¡Quedas en jaque!

-¡Ah, pues es verdad! ¿Dónde tengo la cabeza? ¡Vaya, Pete! Hoy no estoy en vena para jugar, por lo que veo... Pues, sí. Como decía, me parece que *Traganiños* no sabe lo que se lleva entre manos. Yo diría que su único interés está, más que en liberar a los nuestros, en dañar a los voidanios cuanto le sea posible.

-Es indudable que en la guerra...

-¿Qué guerra, ni qué narices? -se indignó el polaco-. ¿Hay alguien que crea que esto es una guerra? Lo primero que hubiera hecho yo es buscar un planeta en condiciones y establecernos en él. Así es como se puede llevar una guerra: asentando a la gente; montando una industria; estableciendo unas defensas apropiadas. ¿Pero en plan de pirata? ¡No me hagas reir!

-Yo opino como Stan. Hawke no tiene el menor interés por otra cosa que no sea perjudicar a Voidán. Parece como si tuviera alguna ofensa personal que vengar.

-¡No te conozco, Johnny! -se asombró Muzzey-. ¡Tú, tan impetuoso de ordinario! El ascenso te ha hecho sentar la cabeza... ¿Acaso no tenemos todos ofensas *personales* que vengar? ¿Hay alguien que no tenga prácticamente a toda su familia prisionera?

-De acuerdo. Pero hay procedimientos y procedimientos... Lo que dije en la reunión del otro día sigue siendo válido: ¿Dónde metemos a la gente que se pueda sacar de Ashtane?

El argumento no tenía vuelta de hoja. Todos callaron.

-A Hawke le tiene sin cuidado el bienestar personal de los demás. Y estoy convencido de que, si no abrigase motivos que desconocemos, sería el primero en dar media vuelta y olvidarse de que existe Voilán: ¡Afirmo que es un cobarde y que está loco!

Tal vez alguien pensó que Johnny exageraba. Incluso Slevogt abrió la boca para replicarle, pero en aquel momento llegó Iván Apraksin.

-¡Coronel! ¡María acaba de captar un mensaje en voidanio!

-¿Lo habéis grabado?

-¡Sí, desde luego! Bernard cree que deberías escucharlo.

-¿Venís alguno? -Rogers se levantó-. Cuando Bernard piensa que es interesante, debe serlo en verdad.

Muzzey fue el único en seguirle. Los demás estaban demasiado interesados en su partida de ajedrez. Stan Igrosky expresó su opinión:

-Si vale la pena, ya nos lo diréis. Estamos cerca.

Jolliet tenía colocado el magnetófono en posición de funcionar.

-¡Escucha esto!

Un torrente de palabras en voidanio se desbordó por el altavoz, siendo atentamente escuchadas por los oficiales. Al terminar el largo mensaje, Jolliet se volvió hacia los otros dos.

-¿Qué os parece?

-A mí, una magnífica oportunidad -aventuró Muzzey.

-En cambio yo pienso que lo es... pero de largarnos de este sector a toda velocidad -afirmó Rogers categóricamente.

No tuvieron tiempo de entrar más a fondo en la discusión, porque María Goldoni, que oficiaba de telegrafista jefe, llamó a Rogers.

-El general desea hablarle, señor. Mensaje personal.

-Gracias... ¿Quieres dejarme tu sitio un momento, Bernard?

Jolliet se apartó de la mesa, para que se acomodara detrás de ella el coronel. Este, en obediencia a lo que le indicara la muchacha, se colocó los auriculares, desconectando los altavoces de la cámara de control.

-A la orden, señor. Coronel Rogers al habla -al mismo tiempo iluminaba la pantalla del visor.

La imagen de Hawke apareció ante él. Llevaba también auriculares a fin de que nadie captara lo que hablaban.

-¿Ha interceptado esa comunicación voidania, Rogers?

-Supongo que se refiere a la que habla de un transporte de prisioneros terrícolas. Sí, señor. La conozco.

-Nos desviaremos ligeramente de nuestra ruta para atacar el convoy. Es una buena oportunidad.

-Perdone que disienta, señor. Yo opino que pudiera ser una trampa.

Hawke rechinó los dientes.

-¡Coronel! ¿Es que va a tratar usted de obstaculizar todos mis proyectos, inventando dificultades imaginarias? ¡Le nombré para ese puesto convencido de tener en usted un valioso auxiliar, y me resulta un simple oficialillo, a quien le vienen anchas las insignias de coronel! ¡Creo que lo que tomé por inteligente audacia en usted no es si no simple temeridad sin raciocinio! ¿Estoy en lo cierto?

Rogers apretó los labios para no soltar alguna frase fuerte. Cuando hubo contado hasta diez y se consideró más tranquilo, dijo:

-No soy yo el más indicado para opinar sobre mí mismo, señor. ¿Debo entender que se me releva del mando?

-¡Puesto que usted mismo lo dice, sí! ¡Constituyase, además, en arresto y ya decidiré más tarde qué hacer con usted! ¡Entregue la *Arabella* al coronel Slevogt!

-Gracias, señor. A sus órdenes. ¿Alguna cosa más?

-¡Nada! ¡Pídale al coronel que acuda!

Rogers se levantó sonriendo como si Hawke le hubiera felicitado efusivamente.

-¿Qué órdenes hay? -inquirió Jolliet.

-Pregúntale al comandante de la nave, cuando las reciba. Yo he dejado de serlo.

El otro, al igual que Iván y Muzzey, se quedó con la boca abierta. Rogers salió sin agregar palabra, dirigiéndose al salón próximo, donde proseguía la encarnizada partida entre Slevogt y el polaco.

Con un fuerte taconazo del más puro corte prusiano, Rogers les hizo apercibirse de su presencia.

-¡A la orden, coronel! -dijo burlonamente-. ¡Se presenta el botarate Rogers para hacerle entrega de la *Arabella* y constituirse en arresto! ¡Su Majestad, *Traganiños I*, requiere su presencia en el salón del trono!

Los otros se le quedaron mirando, confusos.

-¿Qué pasa, Johnny? -preguntó Slevogt.

-Lo que has oído, Pete. El Gran Khan quiere verte.

El nuevo jefe de la *Arabella* se puso violentamente en pie para alejarse murmurando:

-¡Está loco! ¡Loco! -ninguno de los otros dos supo si se refería a Rogers o a Hawke.

-¿Seguimos tú y yo la partida, Stan? -ofreció Rogers, como si nada hubiera pasado.

-La posición de Pete no tenía defensa -advirtió Igrosky, mostrándole el estado del tablero.

-¡Da lo mismo! -replicó optimista-. ¡Me gusta defender causas perdidas!

Pese a todo, ganó con relativa facilidad.

Sin embargo, en la partida siguiente fue Stan quien, luego de hallarse en comprometida situación, acabó por dominar a Rogers, derrotándole ignominiosamente.

-¡No juego más contigo! -se indignó el polaco, barriendo el tablero de un manotazo-. ¿ Por quién me has tomado?

Rogers pareció despertar de un sueño.

-¿Qué te ocurre, Stan? -preguntó sonriente.

-¡Eso quisiera saber yo! ¡Me has dejado ganar!

-¡Oh, perdona! Estaba distraído...

Igrosky se le quedó mirando con atención.

-Eso no es propio de ti, Johnny. ¡Cuéntame lo que ha pasado!

-¡Ah, no tiene nada que ver con eso! -replicó, sin darle importancia-. El jefe se ha cansado de los héroes y entrega el mando a los oficiales experimentados. Ya no soy el comandante de la *Arabella*.

-¿Y dices que no tiene importancia? ¿Qué la tiene para ti, pues?

-En estos momentos, algo que tú creerás una tontería: Estaba pensando en Hanny.

-¿El mariscal voidanio?

-La misma. Es bonita como pocas. Te aseguro que, si estuviéramos los dos en el mismo bando, no vacilaría en cortejarla.

-Tiene mal carácter.

-¡No lo creas! Simplemente se cree superior a los hombres. A mí me gustan enérgicas: son las más fáciles de dominar, si uno sabe llevarlas.

-¡No estarás pensando en desertar...! -desconfió el otro.

-Casi es preferible, con tal de perder de vista al esquizofrénico que nos dirige. ¿No crees tú?

-Estoy de acuerdo -asintió Stan, sonriente-. ¡Pero ir a un lugar donde las mujeres lo son todo y los hombres nada! Casi es preferible esto...

-De todas formas, no me negarás que...

La intranscendente conversación fue interrumpida por la presencia de Muzzey.

-¡Pete dice que acudáis volando! ¡Zafarrancho de combate!

Stan Igrosky se puso en pie de un salto, pero Rogers siguió en su sitio, arrellanándose más, si eso era posible.

-¿Y a mí qué me importa? Estoy arrestado, ¿no? Dile que se las componga como quiera. ¡Ya podíais haber hecho sonar la alarma, en lugar de ir por ahí, gritando como energúmenos!

El otro no estaba para bromas.

-¡Por favor, Johnny! Es cosa nuestra el pedirte que vengas...

-¡Está bien, maldita sea! ¡Iré! -apoyando con fuerza las manos en los brazos de la butaca se izó hasta quedar en pie-. Nos encontramos en un apuro; ¿a quién acudir? ¡A Johnny Rogers! Termina la situación crítica: ¡Patada a Johnny en el asiento!

-¡Fanfarrón! -prorrumpió el polaco, sin poderse contener.

* * *

-Oye, Johnny, ¿no puedes decirnos lo que te ha ocurrido con el general? -insistió Slevogt por enésima vez.

Toda la oficialidad del *Arabella* se encontraba reunida ante los controles de la nave, pero aún no tenían a la vista el convoy de prisioneros

terrestres que esperaban sorprender.

-¡Está bien, pesados! Os lo diré, porque sois capaces de estar insistiendo hasta el día del Juicio Final. Le dije a *Traganiños* que mi opinión sobre esto es que se trata de una celada. Se subió a las nubes en el acto.

-¿Por qué crees que es una trampa? -quiso saber Jolliet.

-La carnaza es muy apetitosa... Yo lo hubiera intentado también, quizá. Pero tomando precauciones.

-¿Cuáles?

-Elemental, hijo mío: atacando desde *detrás*. Si llevan escolta esos cargueros, lo lógico es que vaya a retaguardia, más o menos lejos. Desde esa posición pueden acudir más fácilmente, y no es tan probable que se tropiecen con nosotros.

-Están a la vista, Johnny -anunció Muzzey, olvidando que el jefe era ahora Slevogt.

-¿Y a mí qué me cuentas? ¡Díselo a Pete!

Las tres naves terrestres se abrieron en abanico, precipitándose sobre las cinco voidanias. Y el primer detalle que llamó la atención a Rogers fue que éstas se agrupaban para ofrecer un frente unido de resistencia, en lugar de dispersarse como hubiera sido más lógico.

-¿Qué os decía yo, muchachos? ¡Apostaría algo a que ahí dentro no va un solo hombre! ¡La tripulación deben ser mujeres, o de lo contrario ya habrían huido! ¡Fijaos cómo disparan!

En efecto: al amparo del convencimiento de que los terrestres no intentarían dañar las naves para proteger lo más posible a sus compatriotas prisioneros, los voidanios hacían un fuego infernal. Pero las corazas electrónicas de los aparatos de combate servían de perfecta protección.

La táctica hubiera podido tener éxito, a no haberse enfrentado con el general Hawke. Este ordenó secamente:

-¡Fuego sin consideraciones!

-¡Pero, señor¡ -protestó Slevogt débilmente-. Podemos matar a los prisioneros...

-¡No morirán todos! ¡Y si no lo hacemos así, será imposible rescatar ni uno solo!

-¿Qué hago, Johnny? -preguntó Slevogt, pálido, volviéndose hacia su amigo.

-¡Pues, hijo! Creo que es bastante sencillo: No tires a dar, o hazlo en forma que no hagas mucho daño.

Pero Hawke había querido decir que se disparase a conciencia. Y daba el ejemplo; a la primera andanada se desintegró en el vacío uno de los transportes.

Sin embargo, pese a la superioridad del armamento de los terrestres, no

era tan sencillo dar buena cuenta de los voidanios, sobre todo porque se trataba de combatientes experimentados en esta clase de lucha, en tanto que Hawke y sus hombres eran bisoños en ella. Media hora después quedaban en disposición de defenderse únicamente dos de los transportes.

Y en aquel momento, Jolliet dio la voz de alarma:

-¡Se acerca el enemigo!

Eran siete colosales astronaves, tan bien equipadas como las suyas propias, que marchaban hacia ellos a toda velocidad.

Hawke también debió verlos, porque precipitadamente dio la orden:

-¡Retirada! -y predicando con el ejemplo, abandonó el teatro de la lucha con una rapidez digna de mejor causa.

-¡Cobarde! -escupió Slevogt... teniendo buen cuidado de tapar el micrófono con la mano-. Ni siquiera espera a ver si le seguimos.

Naturalmente, la dirección obvia para huir era la opuesta a aquella por donde se acercabaan sus enemigos, pero Rogers movió la cabeza con pesimismo:

-No lograréis nada -murmuró, lo bastante alto sin embargo para que le oyeran todos los presentes.

-¿Por qué? -preguntó Muzzey.

-Creo que no se necesitan muchas explicaciones, ¿verdad? Nuestras naves y las suyas son capaces de correr lo mismo, luego no hay forma de escabullimos de ellos. Si dividimos nuestras fuerzas, las nenas esas lo harán también... y quedamos igual o peor. Y, en cuanto den la alarma, este sector se va a poner de astronaves voidanias por todas partes que no se podrá dar un paso sin tropezar con un centenar de ellas.

-¿Quieres decir que estamos perdidos? - Slevogt palideció ligeramente.

-*Da*, que diría Iván -sonrió Rogers.

Los otros le miraron suplicantes.

-Tú siempre encuentras salida para todo, Johnny -dijo Jolliet-. ¿Qué te se ocurre?

-¿Me habéis tomado por algún hacedor de milagros? -preguntó burlonamente-. Morid como hombres. Yo me voy.

Lo dijo como si fuera a bajar a la calle y perderse detrás de la primera esquina.

-¿A dónde vas? -quiso saber Slevogt.

-¡A sacaros las castañas del fuego, según costumbre, colección de cernícalos!

-¿De qué forma?

-Fácil: atacándolos con las naves auxiliares. Ello os dará tiempo a perderos en el cúmulo que vimos ayer en el mapa. De otra forma no llegaréis jamás a él.

-Yo te acompaño -se adelantó Igrosky.

-Y yo también -era Iván.

-Es inútil, muchachos. Yo solo puedo manejar perfectamente una docena de robots. No vale la pena que os arriesguéis.

-Entre tres lo haremos mejor.

-Y cuatro, mejor todavía -Muzzey se reunió con ellos-. Así podremos distribuirnos dos naves para cada uno.

-Siento no poder acompañaros -se lamentó Slevogt-. Bernard y yo hemos de quedarnos aquí, sufriendo...

Hablaba en serio, pese al tono zumbón empleado.

-Nos reuniremos con vosotros en los alrededores de esa estrella azul que nos llamó la atención -advirtió Rogers, saliendo con los demás-. Si regresamos -terminó, cuando ya Slevogt y Jolliet no podían oírle.

El inesperado ataque de las pequeñas navecillas, apenas distinguibles en los detectores, tomó por sorpresa a los colosales buques de guerra voidanios. Cada uno de ellos se vio repentinamente envuelto entre cinco o seis de aquellos mosquitos, que apenas podían causar daño pero bastaban para cegar los agudos ojos de los rayos localizadores, haciéndoles perder de vista a su presa principal.

Rogers se las entendió con la que parecía la nave almirante, y por un segundo sonrió al pensar si a bordo de ella no estaría Hanny. Durante media hora anduvo revoloteando a su alrededor, disparando con todas sus armas, y recibiendo no pocos disparos. Dos de sus robots se desvanecieron en medio de sendas deslumbrantes llamaradas.

Apenas tenía idea de cómo les andaba a sus tres compañeros. Suponía que bien, puesto que de vez en cuando escuchaba sus voces, animándose mutuamente. El mismo pronunciaba alguna que otra palabra para asegurarles de su buen estado físico.

Finalmente le pareció que había suficiente exhibición: sus compañeros ya estarían lo bastante alejados para que no se les puediera localizar de nuevo.

-¡Desbandada, muchachos! -gritó-. ¡Pasad lista!

Como pájaros asustados, las veintitantas navecillas que quedaban en disposición de alejarse, lo hicieron cada una por su lado para dificultar aún más la persecución. A sus oídos fueron llegando las voces de los otros:

-¡Iván!

-¡Stan!

-¡Muzzey!

-¡Yo! -gritó Rogers como final-. ¡Buena suerte!

Y como si esta última frase hubiera sido un conjuro, en el morro de su nave se produjo una cegadora llamarada. Todo el frente desapareció en un segundo, y el pequeño aparato quedó reducido a un simple amasijo de retorcidos trozos de metal, la mayor parte de los cuales se alejaban a

fantásticas velocidades. Johnny Rogers se sintió brutalmente empujado y, sujeto aún a su sillón de piloto, encontró que ya no le rodeaban las protectoras paredes de la cabina. El traje acorazado impidió que muriera en el acto, pero se veía dando vueltas y más vueltas en el espacio, convertido en un meteorito que, tal vez dentro de unos cuantos millones de años, tropezaría con algún otro cuerpo celeste, o quizá quedara sepultado en la rugiente hoguera atómica de alguna estrella...

# CAPÍTULO IX

Un Muzzey agotado por casi una semana de huir... huir incesantemente, sin descanso, temiendo en cualquier momento verse rodeado por un enjambre de naves voidanias, llegó, por fin, a bordo de la *Arabella* en el lugar señalado para la reunión.

Sus primeras palabras fueron:

-¿Han regresado todos?

-Todos... excepto Johnny -respondió Slevogt desmayadamente-. Iván dice que una de las naves de su grupo quedó destruida segundos después de que iniciarais la huida. Toda su escuadra de robots quedó descontrolada a partir de entonces.

-¿Estará prisionero?

-No me hago ilusiones. Su aparato estalló sin darle tiempo ni a enterarse siquiera. Conseguisteis vuestro objetivo, que era desviar de nosotros la atención del enemigo, pero ¡a qué precio! Hubiera preferido perder una astronave con toda su tripulación antes que a Johnny Rogers.

-¿Qué dice Hawke? -quiso saber Muzzey.

-No le preocupa en absoluto vuestra suerte, ni se siente agradecido por lo que habéis hecho. Se pasa el día echando pestes contra vuestra tardanza en regresar, y promete hacer un escarmiento en Johnny para que no se le ocurran más *genialidades*, como las llama él. Francamente, no puedo verle.

-La repulsión es mutua.:, y compartida por nosotros al lado de Johnny.

-Así es -asintió Slevogt-. Partimos inmediatamente, pues hoy es el último día del plazo concedido por Hawke. Dice que no puede tolerarse un retraso en las operaciones, y que si hubiéramos de preocuparnos por las vidas de cada uno de los miembros de la dotación, jamás llegaríamos a parte alguna...

-Sí. Las idioteces de costumbre. Aún no se ha dado cuenta de que no dispone de millones de individuos que sacrificar en aras de su xenofobia... ¿Por qué no le destituimos? No creo que hubiera demasiada oposición.

-Es inútil, Alec, y tú lo sabes. Nadie de nosotros tiene la talla suficiente para llevar adelante la campaña. Él tampoco, pero al menos lo ignora y nos conduce seguro de ser un mago de la estrategia. ¡Si al menos estuviera Johnny!

-Si vive, le tendremos otra vez con nosotros, no lo dudes. No hay cárcel, campo dé prisioneros ni mazmorra en Voidán suficiente para retenerle. ¡Es el mismo diablo!

-Entonces llegará la hora, pues... salvo que antes se vaya Hawke excesivamente de la mano.

* * *

El objeto de aquella conversación abría los ojos poco más o menos a la misma hora en que Muzzey alcanzaba la *Arabella*. Le era imposible ver cosa alguna.

-¿Estaré ciego? -se preguntó.

Recordaba vividamente los últimos instantes de consciencia, luego de la explosión de su nave; había salido despedido, dando vueltas sobre sí mismo, y luego ya no supo más hasta ahora. ¿Dónde estaba?

Tal vez fuera aquello la muerte. Quiso mover un brazo, y una voz femenina, en voidanio, le retuvo.

-Quieto... No hagas movimiento alguno si quieres vivir.

Sonaba extraña aquella voz.

-¿Dónde estoy? ¿Qué me ocurre? -preguntó Rogers.

-Te recogimos justo a tiempo. Las radiaciones de la explosión y la fuerza de ésta te quemaron la piel por completo, pese al traje acorazado. Estás metido en un baño de un líquido semejante al amniótico, a fin de asimilar la piel artificial que ha habido que colocarte...

-¿Piel artificial? ¿Quiere decir que me han enfundado en una especie de traje de plástico?

-Eso mismo.

-¿Y he de estar toda mi vida aquí metido?

-No. Solamente hasta dentro de unas horas más. Luego podrás salir de ahí, y poco a poco recuperarás tu propia piel, al tiempo que la artificial desaparece.

-Moriré de todas formas... las radiaciones deben haberme causado lesiones internas.

-Hemos cuidado de eso. Dentro de tres días estarás perfectamente bien. El cambio de piel tendrá lugar sin que apenas te des cuenta, en menos de un mes. Ahora duerme...

Como al conjuro de aquellas palabras, Rogers cerró los ojos, volviendo a sumirse en el sopor de antes.

Al volver a abrirlos veía perfectamente. Se hallaba tendido sobre una cama en una pequeña estancia desnuda de todo lo que no fuera imprescindible. A su lado, una mujer joven le estaba contemplando con curiosidad.

-¿Ya despiertas? -fueron sus primeras palabras. Era la misma voz que antes le hablara en la oscuridad.

Rogers no contestó de momento, limitándose a mirarla a ella y percatarse de todo el contenido de la estancia. Finalmente se volvió hacia la muchacha.

-¿Cómo lograsteis pescarme?

-Por casualidad. La explosión te lanzó hacia nuestra nave, y pasaste casi rozándola. Uno de nuestros vigías te vio.

-Supongo que debo daros las gracias por no haberme dejado morir. Es mucho lo que os molestáis por un simple prisionero.

-Teníamos interés en apoderarnos de uno de vosotros. Hanny quiere hablar contigo.

-¿Hanny? ¿Está aquí? -preguntó Rogers, con más interés del que hubiera querido manifestar.

-No. Corremos a su encuentro, y posiblemente nos costará tres días cruzarnos con ella. Hemos de informarle de tu personalidad: ¿cuál es tu nombre?

-¿No lo sabéis? -Rogers estaba un poco asombrado.

-¿Cómo vamos a saberlo?

-Yo te conozco a ti. Eres Khudia, el médico de a bordo del *Voidán*.

-Efectivamente, no me extraña. Pero no te reconozco.

-¿Tan desfigurado estoy? Tráeme un espejo, por favor.

La muchacha se lo trajo. Sus facciones eran las mismas.

-¿Eras antes así? -preguntó Khudia con cierta ansiedad.

-Hasta el último detalle. Si no me lo hubieras dicho tú, creería que es mi misma piel.

-No me has dicho cómo te llamas. He de informar a Hanny.

-Stan Igrosky -mintió Rogers, sin saber exactamente por qué.

* * *

Las tres naves terrícolas, bajo las órdenes del general Hawke, seguían cruzando el espacio en dirección al planeta Ashtane.

* * *

-¡Prisionero Igrosky! ¡Acompáñanos!

Rogers alzó la cabeza para ver a Ilsha, el comandante de la nave, acompañada de una escolta de tres corpulentas mujeres, que hubieran podido pasar por luchadoras profesionales.

-¿Tenéis miedo a un simple hombre, seres superiores? -preguntó burlonamente.

-¡Silencio! ordenó Ilsha. Pero en su voz no se percibía el tono autoritario que posiblemente empleaba para con los hombres de su pueblo.

Rogers se encogió de hombros, disponiéndose a acompañarlas. Sentía la piel artificial sobre todo su cuerpo, tirante, oprimiéndole, pero sin molestarle demasiado en realidad.

Un corto trecho por un pasillo; luego tomaron un ascensor y, al dejarlo, caminaron por espacio de un par de minutos antes de detenerse en lo que parecía una antesala. Un par de centinelas, formidablemente armadas, guardaban la puerta que se veía al final.

-¡Acompañadlo! -ordenó Ilsha a las centinelas.

Las dos mujeres abandonaron su puesto y, con precisión marcial en sus andares, se situaron cada una a un lado de Rogers y un poco atrás, hundiéndole en las costillas los dos puntiagudos extremos de algo que remotamente se asemejaba a fusiles. Rogers sabía que lo eran, pero tan mortíferos que resultaban capaces de convertir en una voluta de humo rojo a un hombre a mil metros de distancia.

La puerta se abrió, dejando paso libre a Rogers y sus dos custodios femeninos.

Se encontraban en una estancia de regulares dimensiones. El único moblaje consistía en una mesa semicircular como las de los cuartos de control de las naves voidanias, pero sin la multitud de aditamentos que se veía en aquéllos.

Detrás de la mesa se sentaba Hanny.

-¡Acércate, Igrosky! -ordenó con voz seca.

Rogers no se hizo de rogar, y sin perder el contacto de las armas de sus acompañantes, llegó hasta casi tocar la mesa. Allí hizo alto por segunda vez.

Ilsha se adelantó.

-Este es el prisionero que capturamos en la batalla con los terrestres, Hanny -explicó respetuosamente.

El mariscal femenino alzó la cabeza por primera vez. Sólo entonces se fijó en las facciones del prisionero, identificándole en el acto. Sus manos se aferraron fuertemente a los brazos del sillón, medio alzando su cuerpo en vilo.

-¡Rogers! -murmuró entre dientes, sin lograr disimular su sorpresa-. ¿De modo que eres tú...?

-Un coronel con mucha menos categoría que el que conociste, pero la misma persona, Hanny -asintió el terrícola. La presencia de la muchacha no le turbaba menos por esperada. Encontraba difícil sacar a relucir su burlón gesto de costumbre.

-Dejadnos solos, Ilsha -ordenó Hanny con sequedad.

-¡Pero, señora...! -trató de oponer la otra.

-¡He dicho que os marchéis! ¿He necesitado ayuda alguna vez para manejar a un hombre? ¡Fuera!

Humildemente, las tres mujeres retrocedieron, cerrando la puerta.

-¿Por qué mentiste al dar tu nombre, Rogers? ¿Temías por tu vida si se llegaba a saber que eras el captor del *Voidán* y quien nos sometió a la humillación de ceder a un intercambio de prisioneros?

Rogers, no viendo otro lugar en que hacerlo, se sentó al borde de la mesa. Ella pareció a punto de protestar, pero lo pensó mejor.

-¿Quieres la verdad? -sonrió él-. He querido ver la impresión que te

causaba el verme sin esperarlo.

Ella le miró atentamente, enrojeciendo un poco.

-¿Y qué... y qué has logrado con éso?

-Lo suficiente para quedar satisfecho, Hanny. Eres más mujer, hablando en términos de la Tierra, de lo que tú misma te crees.

Hanny desvió la mirada, algo turbada.

-No te entiendo...

-Al contrario, me entiendes a la perfección. ¿Has reflexionado acerca de lo que hablamos cuando fuiste mi prisionera?

-En absoluto -respondió ella altivamente, pero siempre mirando hacia otra parte-. Es cuestión por la que no tengo el menor interés.

-¿Me permites que no te crea, Hanny? -replicó él mordazmente-. Dime que estás demasiado alejada de los altos círculos del Imperio y pensaré que quizá sea posible, y por lo tanto no puedes influir para que se llegue a un entendimiento entre nuestros dos pueblos. Aunque yo estoy convencido de que la situación no es ésa.

-Hablas en enigmas, Rogers... -vaciló Hanny.

-Me explicaré: sigo intrigado por el hecho de que el Imperio acatase en el acto mi sugerencia de un intercambio de prisioneros... incluyendo a mi favor una modernísima astronave de guerra, perfectamente equipada. Ello indica que eres alguien en su organización.

-Un almirante, simplemente; ya lo sabes hace tiempo -sonrió ella.

-Un almirante, sí. Pero ¿querrás hacerme creer que por un almirante, *simplemente*, donde los debe haber a miles, se accedería a duplicar la potencia bélica de un enemigo, aunque fuera pequeño? Se pierde un simple almirante, y el ejército ni se entera: asciende otro, el escalafón corre un lugar, y las cosas quedan como estaban. ¿Me explico?

-Con toda claridad -asintió ella con su enigmática sonrisa.

-Dime pues, quién eres *en realidad*.

Hanny, acorralada, comprendiendo que se estaba dejando dominar por aquel *hombre,* a quien temía por este mismo hecho, se puso en pie de un salto, gritando indignada:

-¿Quieres saber quién soy? ¡Te lo diré! ***¡SOY EL SUPREMO COORDINADOR DEL IMPERIO VOIDANIO!*** ¡Mi palabra es ley y podría, si quisiera, acceder a tus peticiones! ¡Pero no lo haré! ¡Sois demasiado poco para imponerme una opinión o un cambio a un estado de cosas que considero satisfactorio actualmente!

Rogers se quedó de piedra. Esperaba que la muchacha fuera *alguien*, pero no *tanto*. ¡Prácticamente la Emperatriz de Voidán! ¡La máxima autoridad en el Imperio! Se sintió empequeñecido de súbito.

-¿Qué piensas hacer, pues?

-¡Ejecutarte, en primer lugar! ¡Borrar de la faz del Universo a tus

compañeros! Aniquilar a toda tu raza para... para...

Se interrumpió, medio ahogándose en el fuego que ponía en sus palabras. Rogers, recuperando el dominio de sí mismo, alzó las piernas y, girando, quedó en pie al lado de ella.

-Mientes, Hanny. No piensas hacer nada de eso -la tomó de los brazos, y ella no opuso resistencia-. Dime la verdad...

—Sí, tienes razón. No... no podría... -le abrazó estrechamente unos segundos, con la energía que era capaz de poner en todas sus acciones, para, de pronto, apartarse un paso y, dejándose caer en el sillón, apoyo el rostro en los brazos sobre la mesa-. ¡Vete, Rogers! ¡Déjame! ¡Sal de aquí!

-Está bien, Hanny. Me marcho. Ya seguiremos hablando cuando te tranquilices.

Dio media vuelta, encaminándoe hacia la puerta de salida. No vio que la muchacha levantaba la cabeza, extendía un brazo como en ademán de llamarle, pero sin atreverse a hacerlo con la voz y permaneciendo así hasta que hubo desaparecido.

Ilsha se hizo nuevamente cargo de él, reintegrándolo a su aposento.

# CAPÍTULO X

-¡Caballeros! Dentro de doce horas habremos llegado a la altura de nuestro objetivo.

El general Hawke paseó la mirada por el círculo de rostros que le enfrentaba, como esperando que alguien negara este hecho concreto. Sin embargo, desde la desaparición de Rogers, ni una sola voz se había alzado para contradecirle, ni tampoco lo hizo ahora.

Concluido su retador escrutinio, Hawke prosiguió :

-Por las cartas estelares voidanias en nuestro poder, sabemos la posición exacta que en ésta época ocupa Ashtane en su sistema solar. Nos aproximaremos por el lado opuesto, ocultando nuestra presencia con la masa de la estrella a cuyo alrededor gira. Cuando quieran darse cuenta estaremos bombardeándolos.

-¿Sin previo aviso, señor? -preguntó tímidamente un comandante adscrito a la *Encarnación*, procedente del intercambio de prisioneros, y por ello fiel a Hawke como un perro.

-¡Desde luego! ¿Merecen, acaso, consideración alguna? ¿Recibimos nosotros alguna noticia de que pensaban atacar la Tierra? -replicó el general abruptamente-. ¡Los aplastaremos por completo!

-¿Y los prisioneros?

Nuevamente se veía cogido en la red de las propias palabras que le inspiraba su desmesurado odio a todo cuanto llevara el nombre de *voidanio*. Hawke dio precipitadamente marcha atrás... aunque sin desmentirse a sí mismo.

-Ya he explicado en otras ocasiones que en toda guerra han de haber víctimas inocentes. Y no podemos arriesgarnos a que, por salvaguardar las vidas de unos pocos, el enemigo pueda establecer una defensa que malogre nuestros propósitos y el éxito de la campaña. ¡Recuerden que nuestra derrota supondría el definitivo hundimiento, sin apelación posible, de la Humanidad! Y la sorpresa es el único medio de asegurarnos la victoria.

Cabizbajos, pero sin atreverse a enfrentar valientemente la cólera del megalomaníaco general, los oficiales se retiraron a sus respectivos puestos.

* * *

John Rogers comenzaba a aburrirse francamente. Su única distracción consistía en tomar frecuentes baños de aquel líquido en que estuviera varios días sumergido, pues con ello lograba cierto alivio a la molesta sensación de que la piel le venía estrecha por todas partes.

Estaba intentando aprender el voidanio escrito, pero era una tarea lenta y tediosa que le llevaría varios meses, por lo que al principio apenas le

parecía lograr progresos.

Simplemente por cambiar de ocupación, no porque estuviera cansado, se tumbó en la cama y, apagando la luz, se dedicó a reflexionar.

No pudo lograr su objeto.

Apenas acababa de adoptar la posición horizontal cuando la puerta de la habitación se abrió, recortándose una silueta femenina en el marco, contra el iluminado exterior.

-¿Estás aquí, Rogers?

Era Hanny.

-Un momento.

Encendió la luz al tiempo que se ponía en pie. La muchacha avanzó unos cuantos pasos.

-Bienvenida a la humilde morada de un prisionero, Majestad -se inclinó versallescamente, sin abandonar la sonrisa que procuraba fuera lo menos burlona posible-. Tomad asiento.

No lo había más cómodo que el borde de la cama. Él se aposentó en la única silla.

-He venido a continuar nuestra conversación del otro día -murmuró Hanny con voz tenue-. Es inútil tratar de andar con rodeos cuando el mejor camino siempre es la línea recta.

-¿Qué quieres decir? ¿Sabes que yo... te quiero, muchacha? ¿Vienes a... hablar de eso?

-Considero que los asuntos personales, por muy importantes que sean para ti o para mí, están detrás de otras cuestiones de que también hemos hablado. Por tanto, será de éstas de las que trataremos en primer lugar.

Se la veía seria, aplomada como nunca lo estuviera antes en presencia de Rogers. Parecía como si hubiera forzado su propia personalidad hasta el más lejano rincón de su mente, asumiendo sólo la que le correspondía por su cargo: el frío y calculador cerebro director del más vasto Imperio que conocieran los siglos.

-Te escucho.

-He reflexionado mucho sobre nuestras conversaciones a bordo del *Voidán*. Y estimo que tal vez tengas razón. Sin embargo, una tradición de centenares de siglos es muy difícil de desarraigar de un golpe. Además queda el problema de que la generación actual de hombres en Voidán está físicamente imposibilitada para asumir sus deberes en igualdad de condiciones a los vuestros.

-¿Qué sugieres, pues?

-Una adaptación paulatina.. Como primer paso he prohibido las mutilaciones entre los varones recién nacidos, y la aplicación de cifras en lugar de nombres.

-Eso en cuanto a tu pueblo. ¿Y el mío?

-Entrará a formar parte del Imperio de Voidán. Los que lo deseen, regresarán a la Tierra, que el Imperio se encarga de limpiar de toda la radiactividad perjudicial, como una especie de indemnización. Sus derechos y deberes serán los mismos de cualquier voidanio: libertad absoluta para hacer lo que crean oportuno, salvo atentar contra el estado actual de cosas.

-¿Y el *status* de los hombres?

-Queda abolida la distinción de castas por razón del sexo. Ni hombres ni mujeres podrán considerarse superiores a los otros por ese motivo. Sin embargo, y hasta tanto se llegue a una unidad legislativa, cuando un voidanio y un terrestre se unan en matrimonio, uno de los dos quedará sujeto a las leyes nacionales del otro, según acuerdo entre ellos.

-¿Por qué eso? ¿Tan profundas son las diferencias?

-No mucho, pero en algunos aspectos lo son lo bastante para engendrar roces.

-¿Y la esclavitud en general? -Rogers estaba dispuesto a no dejar punto alguno fuera de la cuestión.

-Es imposible suprimirla de un plumazo, Rogers. Compréndelo.

-No lo veo. Ya te dije...

-Sí, dijiste... y estoy de acuerdo contigo. Pero he estudiado un poco vuestra historia en los últimos tiempos. Y he aprendido algunas lecciones que no quisiera repetir sobre la cabeza de mi pueblo.

-¿Por ejemplo...? -demandó Rogers, ligeramente retador.

-Cuando en la Tierra se eliminó radicalmente la esclavitud en forma masiva, y eso ha ocurrido en muchos países a lo largo de los tiempos, siempre resultó en una población semiflotante de ex esclavos desocupados, incultos, ansiosos de libertad hasta el extremo de negarse a trabajar para sus antiguos dueños, ni a cambio de un salario... e incapaces a la vez de buscarse el sustento por sus propios medios sin interferir en las vidas de los demás. Hay muchas cosas que podría decirte a este respecto, pero creo mejor que las estudies tú mismo.

-Sí... -reconoció Rogers-. Es una situación en cierto modo equiparable también a la que se produjo a mediados del siglo XX, cuando gran cantidad de países, de Asia y África sobre todo, lograron ver satisfechas sus aspiraciones de sacudirse la tutela a que se veían sometidos por otros. Cierto que se libraron de una indudable opresión en la mayoría de los casos, pero, ¿a qué costa? Si no se hubieran adoptado medidas drásticas, que incluso podrían parecer crueles en alguna oportunidad, aquellos países habrían regresado al mismo estado de salvajismo en que se hallaban antes de ser colonias... con la agravante de disponer de medios modernos de destrucción con que hubieran intentado barbaridades sin cuento. Recuerdo, incluso, uno de estos países que reivindicó grandes extensiones territoriales

de países vecinos, en sus mismas condiciones, con la aspiración de someter a esclavitud a sus habitantes, porque los suyos propios eran incapaces de retener con el trabajo la antes ansiada libertad.

Hanny asintió con la cabeza.

-Ya ves que no es sencillo. Sin embargo se puede llegar a una paulatina liberación que estudiaremos tú y yo más adelante.

-¿Pretendes designarme Alto Comisario de la Tierra ante ti? -rió Rogers-. ¡No sé si lo lograrás! ¡Hawke es capaz de seguir la guerra por su cuenta, con tal de impedirlo!

-No creo que nadie oponga reparos a que, como Coordinador consorte, aconsejes a tu esposa en asuntos de Estado.

-¡HANNY!

Siguió un largo intervalo, en el cual se dijeron muchas cosas que no importan demasiado a efectos de la presente narración. Además, el lector sabe por experiencia, o por haberlo leído al menos, que el intercambio de frases entre los amantes, que a ellos les parece la cosa más seria y transcendental del Universo, es, para el testigo imparcial, una simple sarta de tonterías encadenadas entre sí, únicamente aptas para organizar disimuladas risitas o abiertas carcajadas.

La almirante-coordinador fue la primera en recobrar la compostura debida a la dignidad de su cargo. Aún quedaban muchas cosas, verdaderamente serias, de que tratar.

-Debes comunicar inmediatamente con tus compañeros a fin de que cesen en cualquier acción bélica. ¿Sabes cómo hallarlos?

-Dudo que Hawke acceda...

-¿Hawke has dicho? ¿Se llama así vuestro jefe?

-Sí, ¿por qué?

-¡Espera un segundo! Me suena ese nombre, y temo...

La muchacha salió corriendo a toda velocidad, dejando a Rogers con la boca abierta ante aquella súbita excitación. No fue un segundo el tiempo invertido, pero en menos de medio minuto estaba de regreso, acompañada de Ilsha.

-Dile a Ilsha el nombre de vuestro jefe, Rogers.

-Coronel William Hawke... Ahora es general.

-¿Estaba destacado en la base avanzada de Thule? -preguntó la comandante de la nave.

-En efecto, así es. ¿Cómo lo sabes?

-¿Y había tomado parte, unos dos años antes, en una expedición a vuestro planeta... Saturno, creo que se llama?

-No recuerdo ahora... -vaciló Rogers.

-La expedición se perdió por completo. El único en regresar fue el coronel Hawke.

-¡Es cierto! -recordó el joven-. ¡Ahora que lo dices, recuerdo...! En efecto, pudiera ser él.

-Lo es, no lo dudes. Es un traidor.

-¿Traidor... a quién? ¿Y por qué?

-A la Tierra. Aquella expedición fue capturada por nuestros hombres. Son tan sumamente prudentes, a causa de su cobardía, que no se atrevieron a atacar inmediatamente. Capturaron al grupo de Hawke, pidiéndoles que colaborasen con ellos; todos se negaron excepto Hawke, quien pasó dos años enviándoles datos que les servirían para atacar más rápidamente, desorganizando las fuerzas armadas en la Tierra, así como conocer exactamente la situación de todas las bases del espacio.

-Comprendo -concedió Rogers, apretando los dientes-. ¿Y qué esperaba ganar con eso?

-Se le prometió el cargo de capataz supremo de los terrestres. Pero un traidor puede volver a serlo, y lo único que obtuvo fue que se respetara la base de Thule. Allí quedó abandonado.

-¿Y el resto de su expedición?

-Fueron los primeros cautivos. Están con los demás.

-Ya... Lo que me has dicho explica su comportamiento... El odio tan atroz que siente hacia vosotros. Se considera defraudado.

-¿Crees que merecía otra cosa?

-Indudablemente, no. Aunque yo recuerdo un caso de traición en la historia de la Tierra; fue muy semejante a éste, pero aquellos que se beneficiaron con ella hicieron por sí mismos la justicia, pasando por las armas a los traidores...

Siguió un corto silencio. Ilsha, comprendiendo que su presencia ya no era necesaria, salió como una sombra.

-¿Qué piensas hacer ahora? -preguntó Hanny.

Rogers se sobresaltó, como si le hubieran pillado en falta.

-¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que me cogisteis en el espacio?

-Doce días, creo.

-¡Doce días! ¡Rápido, un transmisor! ¡Vamos, Hanny!

Tomándola de la mano, la arrastró por la astronave, cuyo interior conocía bien por ser muy semejante a la *Arabella*, hasta llegar a la cámara de control.

-¡Cédele el sitio! -ordenó Hanny a la oficial que hacía la guardia. La mujer obedeció rápidamente.

Rogers, perfecto conocedor de lo que tenía que hacer, movió frenéticamente diales y botones en busca de la onda empleada por sus compañeros. Luego, guiándose por un mapa del sector galáctico en que estaban, dirigió hacia allí la potencia del transmisor.

-¡*Arabella*! ¡Contesta, *Arabella*! -repitió una y otra vez durante varios

minutos. Al fin llegó la ansiada respuesta.

-¡Aquí *Arabella*! ¿Dónde estás, Johnny, muchacho?

Era el propio Jolliet, que había identificado su voz.

-¡Hola. Bernard! ¡Tengo mucha prisa! ¿Habéis llegado ya a Ashtane?

-Sí, ya... ¡Lo hemos destruido por completo!

No se percibía alegría alguna en la voz del coronel al decir aquello.

-¿Todo... todo destruido? ¿Y los nuestros que habían allí?

-¡También! No ha quedado nadie...

Rogers se volvió hacia Hanny, con la desesperación reflejada en sus ojos.

-¿Has oído? ¿Qué podemos hacer ahora?

Ella se encogió de hombros, como si la muerte de varios millares... o millones, de personas no la afectara.

-¿Qué puedo decirte yo, John? Lo que está hecho no puede deshacerse. Me creerás cruel y falta de sentimientos, pero cuando se dirige un pueblo de billones, una pequeña porción apenas puede tener importancia comparado con el resto... Es de lamentar, pero así son las cosas. La decisión queda en tus manos únicamente: con respecto a mí, tú eres de momento quien da las órdenes a los tuyos.

-¡Johnny! -llegó la voz de Jolliet-. ¡Johnny, contesta!

-Estoy aquí, Bernard. Cuéntame lo ocurrido.

* * *

La pequeña escuadra terrestre había cumplido a la perfección el plan de Hawke. Ocultos por la masa de la estrella que alumbraba al pequeño planeta minero de Ashtane, la *Encarnación*, la *Arabella* y el *Cinco Llagas*, se acercaron a buena marcha y, dando un pequeño rodeo para evitar el colosal horno, cayeron sobre la desprevenida colonia como hambrientas aves de presa.

Un fuego infernal abatiéndose sobre las cúpulas que denunciaban los accesos a las minas fue la primera noticia que tuvieron los voidanios sobre la presencia del enemigo.

Slevogt y sus hombres disparaban con gran repugnancia y lentitud, pero pese a ello los daños causados en los primeros instantes del ataque fueron enormes. Aquello era un verdadero asesinato en masa.

Slevogt, sentado ante la mesa de control de la *Arabella,* y Hawke en la de la *Encarnación*, captaron a un tiempo el mismo mensaje en voidanio:

-*¡No disparéis más! ¡Nos rendimos!*.

Ninguna otra persona alcanzó a escuchar estas palabras. Los comandantes de las naves tenían los receptores-emisoras conectados a su propio equipo, a fin de que los hombres no se distrajeran durante la batalla.

-¿Ha escuchado eso, coronel? -llegó seguidamente la voz de Hawke.

-Sí, señor. ¿Cesamos en el fuego?

-¡Nada de eso! ¡Hay que destruirlos por completo! ¡No tengo el menor deseo de caer en una trampa! ¡Siga el fuego!

Slevogt lo pensó unos momentos. Por la otra onda seguían llegándole las angustiosas llamadas de los voidanios en demanda de que no disparasen más.

-Me niego, señor... -y, para los que le acompañabán en la sala de mando, gritó en forma que Hawke le oyera-: ¡Alto el fuego!

-¡Maldito...! -rugió el general-. ¡Le haré ejecutar por esto! ¡Traidor!

-El traidor lo es usted... con todos los respetos, señor.

Y Slevogt cortó la comunicación.

-¡No dejéis caer ni un segundo las pantallas defensivas! -ordenó a su personal-. ¡Vamos a interponernos entre la *Encarnación* y Ashtane!

Un coro de asombradas miradas cayó sobre él, pero nadie hizo comentario alguno. Slevogt maniobró la *Arabella* para realizar lo que dijera, recibiendo en sus pantallas protectoras parte de las andanadas dirigidas al planeta.

Pero apenas lograba cosa alguna. Las naves eran tan iguales en medios ofensivos y defensivos que pelear entre sí no conducía a nada práctico. Se hubieran necesitado días y más días de ininterrumpido batallar para que comenzaran a agotarse las reservas de energía de alguna de ellas, debilitando sus defensas lo suficiente para permitir el paso de los disparos de la otra. Slevogt no se molestó en atacar a la *Encarnación*, limitándose a obstruir en lo posible la línea de tiro hacia el planeta, aunque los resultados prácticos eran casi nulos: la *Encarnación* maniobraba a su antojo, y por pronto que la *Arabella* quería seguirla, no era lo bastante para impedir que nuevas destrucciones vinieran a sumarse a las anteriores.

Durante horas se prolongó el juego. Ashtane, que en momento alguno intentó defenderse, tal vez por carecer de medios para ello, iba viendo destruidas de una en una sus cúpulas, escapando por las aberturas el aire vital...

Y las ofertas de rendición seguían llegando sin cesar, implorando en todos los tonos, suplicando. El locutor lloraba abiertamente, al borde del ataque de nervios. Hawke, implacable, seguía enviando más y más mensajeros de muerte sobre el yermo asteroide.

De pronto cesaron las llamadas en voidanio, coincidiendo con el devastador ataque a un grupo de cúpulas ún poco mayor que las que llevaban divisadas hasta ahora.

Aún no fue bastante para Hawke, el cual continuó la salvaje destrucción, haciendo creer a Slevogt en algunos momentos que pretendía arrancar el planeta de su órbita, pulverizarlo, reducirlo a la nada...

El coronel volvió a establecer el contacto radial, percibiendo

instantáneamente el vozarrón de Hawke, ronco de cólera:

-¡...mil legiones de diablos! ¡Canalla! ¡¡Slevogt!! -parecía que quisiera hacerse oir sin ayuda mecánica alguna, salvando las gruesas paredes de las dos naves y los varios kilómetros de distancia en el vacío sideral que las separaban-. ¡Contesta, maldito! ¡Cerdo! ¡Te haré descuartizar vivo...!

-A la orden, señor -le interrumpió Slevogt con voz tranquila.

Hawke se detuvo jadeante. Durante casi un minuto se encontró incapaz de hablar con cierta coherencia.

-Descendamos a la superficie de Ashtane -ordenó-. La resistencia ha cesado.

-¿Qué resistencia, señor? -preguntó Slevogt mordazmente.

-¡Obedezca! ¡Luego ajustaremos cuentas!

-Hazte cargo del mando, Bernard -pidió Slevogt al francés-. Los demás, seguidme.

Apraksin, Marty (que suplía el puesto dejado vacante por Rogers), Igrosky y Muzzey, siguieron a Slevogt, mientras Jolliet pasaba a ocupar su puesto detrás de la mesa semicircular. Por el camino, mientras se dirigían en busca de una pequeña nave de desembarco en los grandes hangares internos, Slevogt les contó lo ocurrido.

-¡No debes ir, Pete! -aconsejó Muzzey-. ¡Te hará fusilar en el acto!

Los demás fueron de la misma opinión. Igrosky llegó a ofrecerse a ir solo.

-Eso sería verdadera rebelión -negó Slevogt-. Lo otro puede defenderse en un Consejo de Guerra, a causa de la oferta de rendición no aceptada por Hawke.

-¿Te dará, acaso, la oportunidad de ser juzgado? -dudó Muzzey.

-Para eso os llevo conmigo, Alec.

-Desde luego cuentas con todos nosotros. Pero, ¿y los oficiales de la *Encarnación*?

-Conocen bien a Hawke. Creo que este crimen será su última hazaña -afirmó Igrosky confiadamente.

-Eso creo yo -dijo Slevogt.

Sin novedad alguna alcanzaron la muerta superficie del planetoide. De la *Encarnación* bajaba una nave similar, algo retrasada con respecto a ellos. Los cinco oficiales de la *Arabella* llegaron a uno de los montones de ruinas pulverizadas y, abandonando su aparato, se introdujeron en ellas.

Sus expresiones, al mirarse mutuamente a través de los oscuros cristales de sus escafandras, no eran precisamente de alegría desbordante.

-¡Todos muertos! -murmuró Muzzey, horrorizado.

El aire de las galerías interiores había escapado, y ni uno solo de sus ocupantes pudo librarse de la terrible muerte por súbita descompresión.

Otra y otra boca de mina fueron exploradas con el mismo resultado

macabro. Los de la *Encarnación* también realizaban pesquisas por su cuenta con igual éxito negativo. Sobre Ashtane no había otro ser viviente que ellos mismos.

Al cabo les llegó la orden de reunirse con Hawke, y los oficiales de la *Arabella* descendieron en una llanura, esperando la llegada del general.

Poco después, éste se posaba a unos centenares de metros, y quedaba esperándoles al pie de su nave, acompañado de dos hombres.

Slevogt y los suyos se encaminaron hacia allí, y cuando se hallaban a cosa de cincuenta metros de Hawke, éste les gritó una seca orden a través de las radios individuales que llevaban todos ellos.

-¡Alto! ¡Ni un paso más!

Asombrados, se detuvieron.

-¿Ha visto las consecuencias de su actuación, general? -preguntó Slevogt-. Hemos *asesinado* a medio millón de compatriotas como mínimo.

-¡La culpa de ello se discutirá más tarde sobre quién debe recaer, coronel! ¡Su insubordinación tuvo mucho que ver con ello!

Slevogt se quedó sin habla de puro asombro. ¡Acusarle a él, que no hizo otra cosa que tratar de *impedir* la carnicería!

-¡Queda usted arrestado, coronel! ¡Acerqúese! -Hawke empuñó una pistola-. ¡Los demás pueden regresar!

La amenaza del arma los retuvo un instante, mientras Slevogt se adelantaba. De pronto Muzzey gritó:

-¡No vayas, Pete! ¡Te quiere asesinar!

Slevogt hizo alto, vacilante.

-¡Será sometido a Consejo de Guerra! ¡Y los demás también, traidores todos!

-Le mantendremos en custodia a bordo de la *Arabella*, general, hasta el momento en que deba ser juzgado -afirmó valerosamente Muzzey, desafiando el arma empuñada por Hawke. Ellos no llevaban ninguna-. ¡Y si es necesario nos presentaremos nosotros también para acusarle a *usted*!

-¡Canallas! -rugió Hawke entre dientes. Y sin pensarlo más, hizo fuego.

El primer disparo alcanzó de lleno a Slevogt, disolviéndole en una débil explosión de rojizo humo.

La muerte de su compañero sirvió en cierto modo de escudo para los demás, quienes se arrojaron al suelo, quedando ocultos a la vista de Hawke, antes de que pudiera disparar de nuevo.

Pero el general no pensaba quedarse allí. Dando media vuelta se encaramó a su nave.

-¡Regresemos, Petrie! ¡Usted, coronel Laski, destruya ese aparato!

La navecilla que trajera a los oficiales de la *Arabella* desapareció en medio de un formidable estallido.

# CAPÍTULO XI

-Eso es todo, Johnny -terminó el francés-. Hawke me dio orden de abandonar a los amigos y seguirle, pero comprenderás que, aun no sabiendo lo que ocurría, no podía hacerlo. Me costó sudores impedir que los matara desde la *Encarnación*, e incluso tuve que destruirle una nave-robot que había enviado para acabar con ellos mientras yo les protegía del fuego de la principal. Al fin se cansó del juego, rescaté a los compañeros... y aquí estamos.

-¿Dónde estáis?

-Siguiendo a Hawke, naturalmente. ¿Qué iba a hacer, si no? Pese a lo que ha pasado, debemos permanecer unidos o no tendremos nada que hacer. Sin embargo, créete que cada vez que pienso en la clase de loco asesino que tenemos por jefe me dan náuseas. ¡Y sus niños mimados son las dos alhajas de tus viejos amigos Laski y Petrie!

-Son los únicos lo bastante idiotas para permanecerle fieles -comentó Rogers.

-¿Y a ti, qué te ha ocurrido? -quiso saber Jolliet.

Rogers se lo explicó en pocas palabras.

-¡Ya sabía que tú solo eras capaz de lograr más que todos nosotros juntos! -se alborozó el francés por único comentario.

-¿Crees que el general ha escuchado lo que hablamos?

-¡Hasta la última palabra! -afirmó Bernard.

-¿Me oye, general Hawke? -preguntó Rogers para hacer la prueba.

-¡A la perfección, mi astuto amigo! -repuso instantáneamente el loco-. ¿Qué se te ofrece ahora?

-Ya ha oído lo que le he dicho a Jolliet. Las hostilidades han terminado. ¡Deponga las armas!

-¡Y un cuerno! -negó el otro-. No tengo la menor intención de hacerlo, por dos motivos: el primero, que no estoy dispuesto a permitir la dependencia de nuestra raza a otra extraña. ¡Somos superiores a ellos! El segundo es que, tan pronto me veáis indefenso, ¡seré asesinado! Es demasiado el odio que me tenéis...

-Con motivos, ¿no cree, general?

-¡Sí! Con motivos, desde vuestro punto de vista. Pero no desde el mío. ¡Resistiré hasta el límite de mis fuerzas! ¡Y ganaré la batalla! ¡Seré el dueño del Imperio Voidán-Tierra, y vendréis a arrastraros a mis pies, pidiendo misericordia! ¡Os aplastaré como gusanos que sois! ¡Ja, ja, ja!

La carcajada era completamente de loco. Los últimos reveses, la formidable tensión nerviosa a que había estado sometido en los últimos tiempos, y el infinito odio que albergaba por todo cuanto de lejos incluso se pareciera a humanidad, habían terminado por ejercer su destructora acción

sobre el cerebro del más formidable traidor que conocieran los siglos.

-Permita, al menos, que desembarquen aquellos de su dotación que quieran hacerlo, general -suplicó Rogers, conciliadoramente-. ¡No hay objeto alguno en sacrificarlos también a ellos!

-¡Ni uno solo saldrá de la *Liberación*! ¡Este será el nombre de mi nave en adelante! ¡Morirán o triunfarán conmigo!

Un chasquido denunció el corte de la comunicación.

-¡Sigúele, Bernard! ¡Que no se te pierda! -ordenó Rogers-. La flota voidania en pleno acudirá, si es necesario, a destruirle.

La persecución se convirtió en algo alucinante a partir de aquel momento. La nave de Hawke, lanzada a toda velocidad a través de la Galaxia, sin lograr despegarse de la *Arabella*, mientras desde todos los puntos del cuadrante se estrechaba a su alrededor el cerco. Algunas veces lograba pasar a través de él, en aquel ancho campo donde las pequeñas distancias se contaban por años-luz, y un millón de kilómetros de separación era casi íntimo contacto.

Pero siempre llegaban nuevas oleadas de máquinas guerreras voidanias, repuestas sus energías. De vez en cuando se cruzaban fútiles disparos. Las pantallas defensivas de la *Liberación* consumían sus reservas de potencia en fantásticas cantidades.

Y Hawke, no fiando en ninguno de sus oficiales, se había encerrado en la cámara de control, haciendo solitaria guardia de veinticuatro horas diarias y siete días semanales. Casi sin comer, no durmiendo en absoluto, mantenido despierto a base de drogas que rápidamente iban minando su organismo. Los nervios cada vez más excitados...

Los tripulantes de la nave ignoraban cuanto ocurría a su alrededor. Por los circuitos internos les llegaban breves, secas, enloquecidas órdenes del general, que Petrie y Laski se encargaban de hacer cumplir a rajatabla. Todo cuanto pudiera ser aprovechable era lanzado a los voraces hornos atómicos creadores de energía para las máquinas... Primero, los objetos inútiles y de desecho; luego el mobiliario... El incandescente Moloch aceptaba todo cuanto se le ofreciera, pidiendo más y más...

Siguieron a continuación mamparos... las naves-robot auxiliares fueron desguazadas. La dotación no hacía otra cosa que destruir... destruir para conservar el fuego del odio de aquel maníaco que los conducía irremediablemente a un trágico final.

Y llegó el momento en que la colosal esfera de tres kilómetros de diámetro apareció prácticamente vacía. Ingentes toneladas de materiales habían ido a parar a los hornos... Destruir más significaba desmantelar partes esenciales en detrimento de las posibilidades de defensa...

Había llegado, para Hawke, la hora de jugarse el todo por el todo. Estaba prácticamente a la entrada del cúmulo estelar que tan bien le sirviera

en otra ocasión a su reducida flota. Ocultarse en él era escapar casi con seguridad, al menos momentáneamente.

Pero el camino estaba bloqueado por una flota de no menos de cincuenta mil naves voidanias. Hanny había puesto toda la carne en el asador.

Enloquecido, frenético, Hawke se lanzó a la desigual pelea. Sus pantallas no serían capaces de resistir cinco minutos el abrumador bombardeo; pero si lo lograba...

¡Lo consiguió! Milagrosamente, desde luego, prácticamente tambaleándose, salió de la encerrona, con las defensas batidas, sin energía que poner en ellas, salvo que la quitara a los motores. Varios orificios dejaban escapar la atmósfera del interior de la astronave, y decenas de sus tripulantes morían por no haber tenido tiempo de vestir las escafandras de presión. Los cadáveres pasaron a incrementar las casi inexistentes reservas de energía.

Pero aquello ya era el principio del fin. Hawke se vio obligado a dejar de utilizar los potentes telescopios que le señalaban el camino, conduciendo por visión directa. El cúmulo estelar pareció retirarse a la distancia real de varias decenas de años-luz.

Era imposible manejar una nave en semejantes condiciones, viajando a velocidad miles de veces lumínica. Prácticamente veía los obstáculos cuando ya los había dejado atrás.

Y así se encontró, repentinamente, como salida de la nada, una apocalíptica esfera de fuego en su camino. Quiso desviar su ruta, pero para cuando la orden del cerebro llegó a sus manos, la *Liberación* se hallaba en el centro de la incandescente masa gaseosa.

Ni Hawke ni su desgraciada tripulación llegaron a saber que morían. Prácticamente vivos aún, sus cuerpos, la astronave y cuanto arrastraban con ellos, quedaban desintegrados en medio de una temperatura de millones de grados... reducidos a simples átomos sin asociación alguna entre sí...

* * *

-Francamente, Hanny. Creo que vas a tener que abdicar.

La muchacha miró a Rogers con asombro.

-¿Por qué?

-No soy partidario de tanto protocolo como se ha derrochado aquí esta noche. ¿Y para qué, en total?

-¡De veras, John! No te comprendo...

-¡Está bien claro, pues! Tú y yo habíamos llegado ya a un acuerdo completo, ¿no? -ella afirmó con la cabeza-. Estamos viviendo seis meses según lo convenido, y las pocas dificultades que se van presentando, quedan resueltas sobre la marcha. ¿A qué, pues, tanta firma de papeles,

protocolos, secciones, subsecciones, artículos y monsergas? Con todos ellos no se ha agregado una sola coma a lo que ya existía...

La muchacha soltó una carcajada.

-Tienes razón, desde luego. Pero, ¿de qué iban a vivir los diplomáticos si no existieran todas esas cosas? Su misión es crear problemas donde no los hay, para resolverlos en forma imperfecta, y que traigan, como consecuencia, nuevas complicaciones que les den qué hacer.

-¿Tú que opinas, Stan? -preguntó Rogers, acudiendo a su amigo en demanda de ayuda.

-Yo soy partidario de la acción directa -repuso éste muy seriamente-. Las formalidades de la etiqueta siempre me han venido anchas... o estrechas, según lo quieras tomar.

Hanny se echó a reir alegremente. Su marido giró hacia ella, extrañado.

-¿Qué te ocurre?

-A mí, nada. Pero Stan... ¡hace lo contrario de lo que dice!

-¡En! ¡A mí no me metáis en vuestras discusiones matrimoniales! -protestó el polaco-. ¿Qué quieres decir con eso?

-¡Está claro! ¿No? Desde que tropezaste con Mayren, mi lugarteniente, vas detrás de ella poco menos que arrastrándote.

-¿Arrastrándome, yo? -protestó Igrosky, indignado-. ¡Jamás lo he hecho por una mujer! ¡No hay derecho, hombre! ¡Porque uno quiere comportarse un poco finamente, le dicen que se arrastra! ¡Protesto!

-Debes demostrarle quién eres tú -aconsejó Hanny-. ¡Esa acción directa, de que tanto alardeas, es lo que necesitas para con una mujer de Voidán! ¡Recuerda que están acostumbradas a tener a los hombres en poco menos que nada!

-¿Tú crees? -Igrosky se rascó, intrigado, la cabeza.

-¡Compruébalo! Te voy a ayudar un poco... y por una sola vez. ¡Mayren! -llamó a la muchacha, que asomaba por la puerta del salón. Precipitadamente se volvió hacia Igrosky-. Te doy media hora de tiempo. Para entonces acudiré a los jardines. Si no has logrado... ¡despídete de mi amistad!

Mayren llegaba en aquellos momentos. Era una morena, alta, casi tanto como el propio Igrosky, y de maravillosas formas físicas a causa de la dura vida del soldado que llevara hasta entonces. Su fortaleza muscular no era despreciable, aunque no podía decirse que fuese una mujer corpulenta.

-¿Llamabas, Hanny?

-Sí. *Te ordeno* que acompañes al señor Igrosky durante media hora, y le atiendas en lo que tenga que decirte. Al parecer... -vaciló-. Al parecer hay ciertas dificultades de... coordinación entre nuestras tropas y las terrestres... y convendría... esto... convendría aclarar los malos entendidos.

Mayren no era tonta, ni mucho menos. Las palabras de su reina, pese a

que parecían indicar un asunto oficial, eran bastante claras.

-¿Y si necesita más de media hora para *aclarar* la situación? -preguntó con sorna.

-Queda a tu arbitrio el seguir escuchándole, o dejarle. Si en ese tiempo no habéis llegado a una solución, creo inútil prolongar más vuestra entrevista.

Riendo, los vieron alejarse, rígidamente, el uno al lado del otro.

-¿Tú crees que Stan sabrá *coordinar* el malentendido entre Voidán y la Tierra?

-De él depende -repuso Hanny-. Hay algún terrestre que ha sabido hacerlo.

Rogers recordó cierta escena a bordo de una nave recién capturada. Se sintió ligeramente avergonzado.

Por suerte para él, en aquéllos momentos se les unió la pareja formada por Iván Apraksin y María Goldoni, lo cual les entretuvo durante un rato, cambiando impresiones.

De pronto Hanny tocó en el brazo a su marido.

-Ya ha pasado la media hora.

-¡Ah, es cierto! Vamos -sonrió éste.

Paseando como por casualidad, los cuatro se adentraron en los maravillosos jardines que rodeaban el fastuoso palacio real de Voidán. No les costó mucho trabajo encontrar lo que buscaban.

En una pequeña glorieta, hasta la que llegaban los rayos de la luna de Voidán, tamizados a través del follaje, pudieron ver dos siluetas, en pie, casi confundidas en una.

Eran, indudablemente, Stan Igrosky y Mayren. El terrestre retenía a la muchacha fuertemente abrazada, pero sujetándole las manos a la espalda, posiblemente para evitar sus golpes. Su cabeza se inclinaba sobre la de ella, mientras Mayren parecía debatirse, tratando de liberar sus brazos.

Al cabo de unos instantes dejó de resistir, tal vez comprendiendo la futilidad de ello.

-¿Qué dices ahora, Mayren? -preguntó Stan, en voz baja.

Ella vaciló unos instantes, tal vez en busca del aliento que le faltaba.

-¡Oh, Stan! ¡Eres maravilloso!

-Hay acuerdo completo entre las fuerzas armadas de Voidán y las de la Tierra -susurró Rogers, dando media vuelta, seguido de los otros.

FIN

206

¡SECUESTRO DE CIENTIFICOS!
¡ASESINATO DE PILOTOS ESPACIALES!
¡DESAPARICIONES DE INGENIEROS Y TECNICOS!
¡ROBO DE PROYECTOS SIDERALES!
¡DESTRUCCION DE AERONAVES ESPACIALES!

Este es el trágico balance que reflejan los informes de todos los Delegados en la reunión de la Federación de Continentes Terrestres.

¿Quién es el autor de estos crímenes?

## ¡ATENTADO A LA TIERRA!

Es el relato de la más extraordinaria y fantástica transmutación de personalidad conocida.

Una diabólica conspiración desencadenada contra los habitantes de la Tierra, realizada por sus mismos semejantes a quienes mueven potentes y misteriosas fuerzas destructoras.

J. SCOTT BARRY

Un nuevo nombre en nuestra extensa galería de autores, es el creador de

## ¡ATENTADO A LA TIERRA!

Una fantástica historia que aparecerá en el próximo volumen de la interesante Colección

*Luchadores del Espacio*

TIP. ARTÍSTICA

*Precio:* **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú. 924. Bs. As.